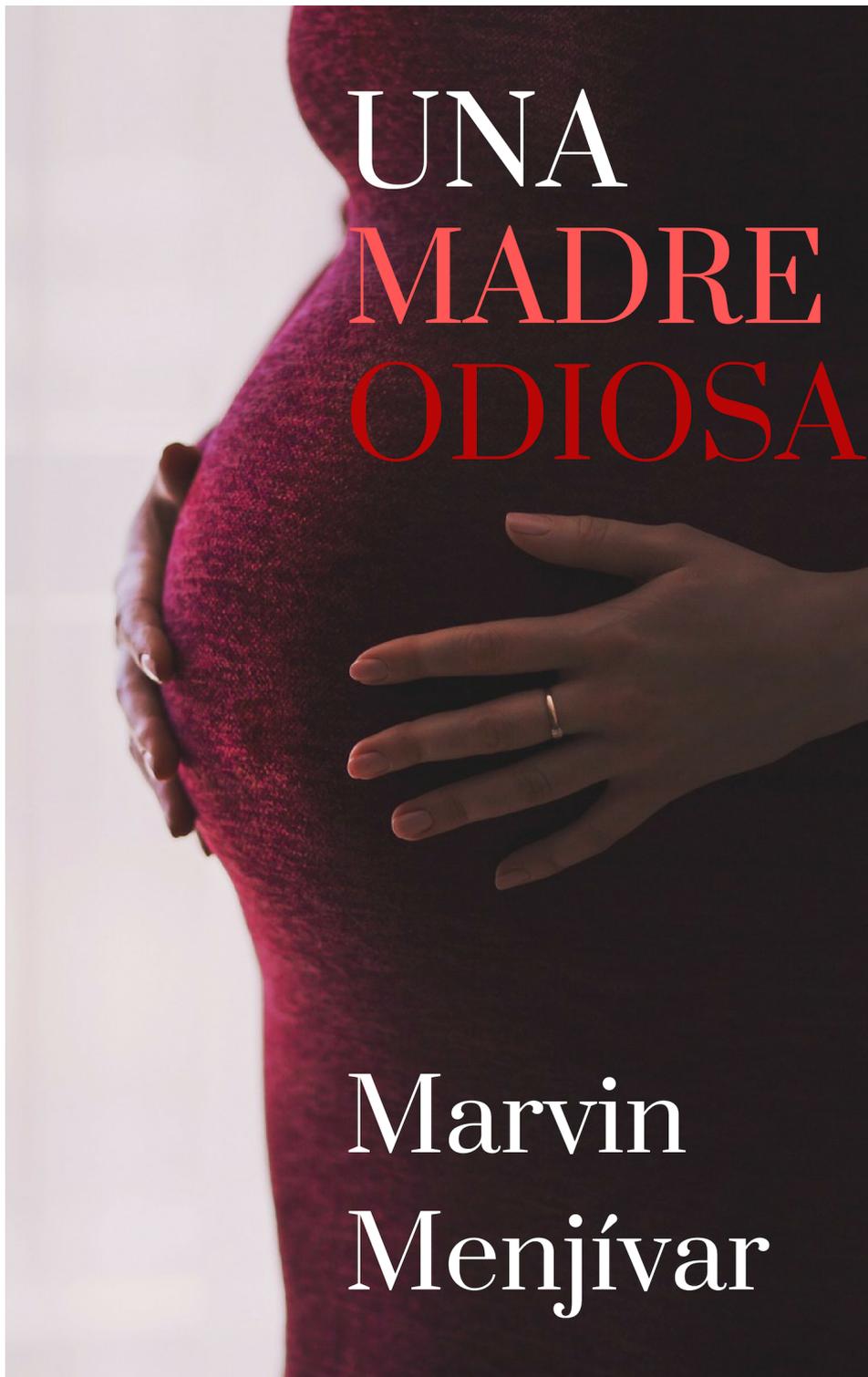


Una Madre Odiosa

Marvin Menjívar



Capítulo 1

Una Madre Odiosa

Capítulo 1

Marissa Lyons observa sus alrededores con detenimiento, y sabe que este no es el ambiente ideal para el bebé que está en camino, pero como siempre, dar su brazo a torcer no es una opción.

Acaricia su vientre con delicadeza, no solo siente unas breves pataditas, sino también roza con delicadeza sus dedos contra el tejido delicado de su vestido de satín. Faltan solamente unos cuantos días para dar a luz, pero no le preocupa en absoluto el parto, de sentir demasiado dolor, sabe que pedirá las drogas sin dudarlo o una cesárea. No va a complicarse por eso, pero sabe que este vecindario será tóxico para su bebé. Ella ha sobrevivido porque ha sido fuerte, quizá demasiado. Su hijo jamás tendrá amigos, no solo porque su vecina Julia Banks o su vecino Timothy Hudson no tienen hijos, sino porque en este lugar se percibe la intriga, el resentimiento, y la envidia como parte del día a día. Tan pronto como su bebé nazca, debe convencer a su esposo de irse de este lugar, antes que sea demasiado tarde.

Marissa siente un sabor extraño en el paladar luego de tomar una taza de café, no tiene mucha hambre en este momento, aunque usualmente es su hora de cenar. Alguien lanzó una piedra a su ventana minutos atrás, y se pregunta quién pudo haber sido. No hay muchos niños sino hasta muchas casas después. Debe haber sido alguno de sus enemigos.

No es la persona favorita del vecindario, de eso está completamente segura, y cualquiera pudo haber sido, Timothy, Julia, el esposo de Julia, o la sirvienta de Julia, sin contar otras personas del vecindario, que ellos se habían encargado de envenenar en su contra. Eran las 6 de la tarde, el reloj es justo lo que estaba viendo cuando la piedra resonó contra el vidrio que se repartió en el suelo en peligrosos fragmentos.

Toma asiento, se siente un poco agitada por el peso de su bebé. Solamente me quedan dos días, y luego por fin podré usar zapatos de tacón, se dice a modo de consuelo, sin calcular la cantidad de dolor que viene hacia ella. Struggle, le llaman los ingleses.

Una muestra de este futuro dolor se hace latente de la nada con un espasmo terrible en el vientre, como si un boxeador la hubiera golpeado del interior de su vientre. Viene una contracción demasiado súbita que la dobla de dolor. Marissa respira hondo, y se levanta del sillón. Voy a pedir

las malditas drogas, dice en voz alta. Sabe que ha subestimado su capacidad de soportar el dolor.

Se acerca al mueble cercano a la puerta, donde se encuentra el teléfono, al lado de la lámpara que está a la par del florero, se aferra a la madera con fuerza como tabla de salvación, literalmente. Otra contracción la hace gritar del dolor y el teléfono cae de sus manos junto con su cable que utiliza para recuperarlo. Sus manos tiemblan y por un momento, siente un terrible temor aunque es el temor equivocado, ahora solamente piensa en cómo hará para no morir en el parto, ya que este dolor se siente como la antesala de algo mucho peor.

Marca el teléfono, no sin antes tomar asiento, pero se da cuenta que al presionar las teclas, no hay tono. La sorpresa sería más grande, de no ser por otra horrible contracción, y entonces observa el sillón mojado con la fuente que se acaba de romper.

Se levanta con rapidez. No encuentra su teléfono celular, juraría que lo dejó acá pero seguramente está en su habitación donde lo dejó antes de bajar a la sala principal. Maldita sea, grita con resentimiento, no tiene más alternativa que pedir ayuda a alguien en el vecindario. Timothy vive a tres casas, la anciana de al lado de seguro no la va a escuchar, los Rogers están de vacaciones, Suzanne Mayer no regresa de su trabajo hasta bastante avanzada la noche con su dudoso trabajo. Las únicas opciones son Alicia que vive hasta el final de la calle o Julia Banks. Es mujer. Tiene que comprenderme y ayudarme a pesar de todo, murmura. La única opción viable es la vecina del frente.

Invoca las pocas fuerzas que le quedan y camina hacia la puerta principal, deja la puerta abierta, debe volver por la maleta que llevará al hospital. ¿Por qué le hice caso a Noah y no le pedí que la bajara desde una semana antes? No es momento para cuestiones cosméticas. Camina a través de la calle. Que bien que no hay ningún automóvil circulando, se traslada rápidamente al ver a lo lejos la silueta de un rostro familiar, que no desea ver ni que la observe en este estado de debilidad. El temor de la humillación rara vez nos abandona.

Marissa toca con desesperación el timbre de la casa de Julia, quien atiende la puerta en lugar de la sirvienta quien acaba de contestar una llamada segundos antes de la llegada de la señora Lyons.

—¿Qué ocurre? —pregunta Julia alterada.

Marissa técnicamente se le sube encima, pero por el conocimiento general del vecindario que está embarazada no se la quita con ímpetu como su instinto le diría temiendo que alguien la vea haciéndole daño.

—Necesito ayuda —solicita, obliga a Julia a trasladarla con su apoyo—, necesito sentarme. Llama a los paramédicos. Se rompió la fuente.

Julia se nota preocupada, con muchas dudas corriendo por su mente, el shock de que su enemiga venga a su casa es grande, y no sabe cómo reaccionar ante esto. Mientras tanto Marissa se retuerce de dolor, pensando que la primera solicitud de ayuda es suficiente.

—Vuelvo en seguida —le dice a Marissa yendo a la cocina.

Los segundos de espera se hacen eternos, Marissa siente que Julia ha desaparecido de su propia casa y el dolor es insoportable y puntiagudo. ¿Por qué justo ahora no tenía que funcionar el maldito teléfono? El sudor corre por su rostro, sus manos continúan temblando. ¿Dónde demonios está Julia?, se pregunta, está a punto de llamarla cuando Julia aparece, bastante agitada, luego de oírse un ruido en la cocina, como el choque brusco de la porcelana.

—Ya llamé a la ambulancia —explica Julia, quien lleva una taza consigo—. Toma este té. Estoy segura te ayudará a relajarte.

—No necesito relajarme sino que me saquen a este jodido bebé —grita Marissa de forma interrumpida debido a la frecuencia de los dolores, pero igual toma el té al ver el rostro de preocupación de Julia, y entiende que no es su culpa, así que procura callarse en los siguientes segundos, ya que por poca que asistencia que le brinde, es vital en estos momentos. Pero no es necesario solicitar el silencio a su cerebro, ni callar el dolor, porque de repente, siente que el dolor disminuye, pero sus ojos empiezan a sentirse pesados, hasta que finalmente cae recostada en el sillón de la familia Banks. Julia retrocede horrorizada, las manos cubriendo la boca como si fuera un animal que va a escaparse. Su sirvienta viene a ver qué pasa, si bien no es fanática de Marissa Lyons, tampoco quiere dejar a su jefa sola en esto.

—¿Qué ocurrió? —pregunta.

—No sé, de repente se desmayó... creo —pregunta, intenta parecer preocupada, y en parte un poco decepcionada de no seguir viendo a Marissa gritar de dolor. Se acerca a Marissa y coloca un dedo bajo su nariz—. Sigue respirando, pero no la quiero en mi casa —explica.

—¿Qué sugiere?

—Marcus vendrá en unos minutos... podríamos esperarlo.

—Su esposo viene usualmente con el esposo de Marissa. Podríamos

llevarla a su casa y él vería que hacer.

—No sé qué hacer, señora Hart —responde viendo a Marissa con preocupación. ¿Y si muere en su casa por su culpa? ¿por no haber llamado a las autoridades a tiempo?, dice su expresión ansiosa

—Llevemosla a su casa —sugiere la sirvienta.

Julia y la señora Hart llevan a Marissa a casa quien lentamente recupera el sentido y finalmente las ayuda a no cargar con su peso por completo. Atraviesan la calle. Todo está oscuro, tienen cuidado con los escalones antes de entrar a la casa de Noah Bishop. No hay nadie en la calle. Ni un solo testigo.

Dos horas después, Marissa despierta en el hospital, su visión es borrosa, y su memoria tiene aún más problemas de enfoque. Es consciente que es el lugar donde debe estar. Respira hondo al ya no sentir el dolor de un hijo a punto de nacer, retorciéndose en sus entrañas, destruyéndola a cambio de su libertad absoluta en el mundo.

Una enfermera murmura, acaba de despertar, Marissa se pregunta si se refiere a ella o a su bebé.

—Quiero ver a mi bebé —solicita, como toda madre, aun después de los horrores que un hijo le pueda hacer pasar, siempre debe saber que está con bien.

Su esposo, Noah Bishop, se acerca, su rostro está pálido, Marissa piensa en lo estúpido que es. Ella ha tenido que soportar esta carga con nueve meses, y él pretende parecer afligido por todo lo que ella ha tenido que pasar, pero luego de segundos, entiende que no es una palidez de empatía, sino de preocupación.

Los ojos de Marissa casi salen de sus órbitas, su instinto de madre se pone en alerta, aun si apenas lo tiene desde hace una hora y unos cuantos minutos, al menos oficialmente, porque una mujer debe ser llamada madre con la condición de haber dado a luz ese hijo.

—¿Dónde está mi hijo? —las caras largas de preocupación que la rodean solo sirven para agregarle drama innecesario a este asunto.

—Marissa, necesito que seas fuerte —explica su esposo con voz entrecortada.

—No necesito ser fuerte —responde Marissa tomándolo del brazo con

fuerza—. Necesito que me digas la verdad en este momento.

—Cuando viniste al hospital, no traías al bebé —replica con brevedad.

—¿Cómo qué no lo traía? —pregunta incrédula—. No es un maldito accesorio de ropa. No es que me lo quite y lo deje sobre en un joyero, no... —no es necesario completar la oración, su memoria regresó. No debe estar en el hospital, sino en su vecindario para descubrir la verdad.

Capítulo 2

Nadie pudo detener a Marissa al salir del hospital, su furia era demasiado salvaje para siquiera intentarlo. Tiembla de rabia, pero no quiere demostrarlo al conductor del taxi, que apenas estuvo de acuerdo en llevarla, sobre todo cuando salió a toda velocidad del hospital, antes que alguien tratase de impedir su salida. Él hombre no sabía si se trataba de un paciente de psiquiatría, una criminal o una paciente rehusando a ser tratada.

Marissa retuerce sus manos desesperadamente, esas manos que desean enrollarse como una boa al cuello de Julia Banks para matarla. Si le hizo algo a mi bebé..., se dice a sí misma, pero calla el pensamiento. Está es su venganza perfecta, concluye. No siente arrepentimiento por lo que le hizo a Julia en el pasado, sin embargo, está segura que ella sí hará que Julia se arrepienta de lo que le hizo, y de haberle hecho daño a su recién nacido, retribuirá el dolor. Ojo por ojo, diente por diente. Ya empieza a planear su venganza, pero ahora solo necesita verla para decirle unas cuantas cosas a la cara, luego las acciones hablarán por sí mismas. Oh sí, ya siente su sangre en sus labios.

Llega al vecindario. Desciende del taxi con eficiencia, no sin antes observar la hora en el reloj del taxista: 9:35pm, hasta ahora se fija en su patético look, y es algo a lo que siempre le ha puesto atención, pero está tan oscuro que nadie se dará cuenta que lleva una bata de hospital, el cabello desordenado y nada de ropa interior. Si creíste que esta era tu retaliación, perra, solamente te has ganado una enemiga que no va a descansar hasta hacerte desear que estuvieras muerta, piensa de forma tan potente que casi se escuchan las palabras salir de su cráneo.

Todos los vecinos la observan desde sus ventanas, pues la presencia de un taxi, no es precisamente algo que ocurre todos los días a esta hora de la noche, casi tan llamativo como las luces azules y rojas de una patrulla. Se acerca a la puerta de su vecina con muy fingida civilidad, Julia Banks abre la puerta antes que Marissa siquiera llegue, y entonces la civilidad de Marissa se acaba ante la captora de su primogénito. Corre con los pies descalzos, y con las pocas energías que le quedan, las pocas fuerzas luego de los medicamentos y del esfuerzo de su cuerpo en el parto que no

recuerda.

Está encima de Julia quien grita despavorida con el cabello en el sueño como una tela de araña barrida por una escoba, su esposo Marcus Banks aparece con prontitud, pero cierto daño ya ha sido adjudicado por las cachetadas y los jalones de pelo de la mujer que cualquiera creería ha escapado de un manicomio por su aspecto y comportamiento.

—¡No es mi culpa que hasta mi jardín de rocas que ni siquiera riego sea más fértil que tu, maldita! —grita, arrancando un mechón de cabello antes que Marcus se interponga entre ambas.

—Estas loca ¡Déjame! —exige, liberándose por poco del firme agarre de águila.

—No has visto ni un poco lo loca que puedo llegar a ser, pero lo sabrás si no me dices dónde está mi hijo.

—No sé de qué hablas —responde Julia confundida y nerviosa.

—No te hagas la tonta —grita Marissa acercándose nuevamente, golpeando a Marcus en el pecho, quien evita que se acerque a su esposa actuando como muro.

—Hablemos como personas civilizadas —sugiere el hombre.

—Perdí mi civilización cuando me quitaron a mi bebé. Seguramente lo quieren para ustedes. No crean que se saldrán con la suya —espeta.

Una patrulla de policía aparece y finalmente oficiales intervienen en la acalorada discusión. Marissa deja esta pelea infructuosa para lanzarse a llorar en los hombros de su esposo quien venía en la patrulla policial, no llorar por tristeza sino por ira y por la impotencia.

—¿Dónde está mi hijo? —lloriquea ante el público de vecinos inoportunos.

—Lo encontraremos —explica su esposo acariciando su cabello con delicadeza.

—Ella me lo robó —señala Marissa con furia a su vecina, deseando que ese dedo fuese una pistola.

—Soy la detective Naomi Kessler. Señora... —se presenta una oficial prontamente a Julia.

—Julia Banks —aclara la interpelada manteniendo a Marissa a la vista,

solo por si acaso.

—¿Podría explicarnos qué fue lo que ocurrió? —cuestiona la oficial.

—Trate de ayudarla. Lo juro —al menos muestra, en apariencia, angustia por el futuro del desaparecido bebé de Marissa.

—¿Qué fue lo que ocurrió exactamente? —pregunta el detective al lado de la detective Kessler cuya placa solamente muestra el apellido Hewes.

—Marissa vino a mi casa pidiendo ayuda, y... yo estaba realmente preocupada por su estado, pero colapsó y con mi sirvienta la llevamos a su casa porque tuvimos miedo —tartamudea y mueve sus manos con nerviosismo—. Llamé a los servicios de emergencia pero no vinieron, quizá oyeron mal la dirección —agrega desesperada.

—¿Dónde está su sirvienta para corroborar los hechos? —pregunta la detective Kessler dudosa.

—Pensé que se había ido con Marissa cuando se la llevaron en un taxi —explica Julia exhibiendo más confusión.

La detective Kessler se acerca a Marissa y su esposo con un rostro sereno, mueve un mechón de su cabello color chocolate.

—¿Le importaría si damos un vistazo a su casa?

—Me importaría que resuelvan este caso —espeta Marissa de forma altiva.

—Haremos todo a nuestro alcance para hacerlo —responde el detective Hewes suavizando el carácter de Marissa.

—¿Les molestaría acompañarnos? —solicita la detective Kessler a los Banks.

—Nos quedaremos acá y estaremos a su disposición para cualquier duda —responde Marcus Banks.

Marissa se va a su casa con lentitud, no sin antes observar de reojo a Julia, una mirada que dice esto no se va a quedar así, pero al acercarse a su hogar en medio de la noche, con tantos espectadores curiosos, siente un temor terrible. Las respuestas deben estar ahí, suplica al universo para que así sea. ¿Qué si su hijo había muerto? ¿Encontraría su pequeño cadáver en casa, todavía sangriento, quizá exhalando sus últimos alientos? La puerta está cerrada y teme lo que va a descubrir. Toma la mano de su esposo, y brevemente regresa al pasado donde siempre se

encuentra consuelo en la hora oscura del presente.

Hace un año y medio se habían mudado a este lugar, y en ese momento jamás creyó que llegaría a experimentar una tragedia de esta magnitud, se dio cuenta de que las cosas no iban a salir bien con las eventuales rivalidades con los vecinos, pero jamás creyó que llegaría a este punto tan crítico. La detective Naomi Kessler abre la puerta con su guante de cuero, y entran al lugar, solicita a los presentes que no toquen nada ya que se podría de una escena del crimen o un nido de pistas. Naomi piensa en el crimen de secuestro, pero Marissa va más allá y siente escalofríos al pensar en el crimen de asesinato a un infante. Aun las personas crueles tienen límites, ¿verdad?

Marissa no quiere entrar a la casa, pero no desea ver a Julia quien aún se encuentra en el patio con su esposo, a la expectativa de los resultados, se creen tan listos, que no habrá nada que los exponga, piensa Marissa. Naomi y Hewes se adelantan para revisar la escena.

—¿Le importaría mostrarnos su casa, señora Banks? —solicita Naomi.

—Claro —responde con cierto vacío en su voz, cierta esperanza ya perdida. De repente hay pesadez en su espalda, el dolor que se negaba viene a ella pero le cierra la puerta como a los curiosos del exterior.

—¿Puede decirnos cómo ocurrió todo? —pide el otro detective.

—Estaba en casa... y de repente vinieron los dolores del parto. Intenté llamar pero el teléfono no funcionaba —las imágenes vienen a su mente como una película donde ella no es la protagonista sino una tercera persona.

El detective Maxwell toma el teléfono y observa que no hay nada anormal.

—¿Hubo algún cortocircuito ayer?

—No lo sé. No recuerdo las cosas de forma clara. Solo recuerdo que alguien lanzó una piedra a mi ventana antes de los dolores, sí, recuerdo eso, luego vinieron los dolores e intenté hacer una llamada.

—¿Qué pasó después? —pregunta Naomi con cierta pasión reprimida en su voz.

—Como le dije, el teléfono no funcionaba. Me levanté, y... tampoco tenía el celular a la mano, así que decidí ir a buscar a Julia que obviamente no fue la mejor decisión y seguro era lo que ella esperaba.

—¿Que hora era cuando fue a buscar a la señora Banks?

—Eran las 6 de la tarde, minutos más, no recuerdo muy bien, pero fui donde Julia inmediatamente después de los dolores. Llegué a su casa pidiendo ayuda.

—¿Llamó la señorita Banks una ambulancia?

—Es señora Banks y si, me dijo que había llamado una ambulancia mientras la esperaba en su sala. Me dio un té para calmarme. Después de eso no recuerdo mucho, me desmayé... pero... —al ver su casa, sentir la presión, estar consciente de que su memoria es indispensable, nuevos recuerdos surgen—. Llegamos a casa. Eso lo recuerdo. Apenas podía abrir los ojos. Me sentía muy cansada —se acerca a las escaleras—. Subimos las escaleras. —Explica, y sube por las escaleras guiada por esta epifanía

Los policías la siguen mientras ella se deja guiar por el pasado nebuloso. Camina con lentitud mientras recuerda su pasado de forma difuminada, del cual depende el futuro de su hijo y la cordura del presente.

—Llegamos a mi habitación —explica, acerca los dedos al pasamano.

—No lo toque —pide Naomi con determinación y abre la habitación con cuidado con su mano enguantado. Luego lanza la puerta con cierto ímpetu como esperando una sorpresa, un contraataque, una emboscada.

Marissa retrocede inmediatamente, al igual que los policías quienes al ver a una mujer tirada en el suelo, por instinto acercan sus manos a su revólver sobre todo al ver la mancha de sangre en la parte de la alfombra próxima a su cabeza, temen que aún haya alguien al interior de la habitación. Ellos no reconocen a la mujer aunque Hewes logra recordar lo que dijo Julia.

—¿Es ella la sirvienta de los Banks? —pregunta, acercándose a la mujer para revisar sus signos vitales.

—Si, es la señora Hart —responde Marissa, se da cuenta que la verdad no va a ser nada sencilla de descubrir como ella creía, tal como supo cuando entró a la casa.

Capítulo 3

—Está viva —explica Hewes, y la mujer se mueve en el suelo torpemente,

como si recién despertara a medianoche de un sueño pesado.

—Esta es el arma con la que la atacaron —explica Naomi, sacando de su bolsillo una bolsa plástica transparente para envolver el candelero.

—¿Recuerda lo que ocurrió cuando vino a su habitación con la señora Hart? —cuestiona Hewes sintiéndose con mayor familiaridad al haber reconocido al mujer sin conocerla.

—No recuerdo mucho. Me siento realmente mal —agrega con debilidad.

—Voy a hablar con la señora Banks —anuncia Hewes.

—Mientras voy a buscar indicios en la casa —responde Naomi.

La detective Kessler busca diferentes pistas en la habitación no sin antes solicitar refuerzos, una ambulancia para la señora Hart, a quien solamente le ponen una almohada en la cabeza y parece haber vuelto a caer inconsciente luego de emitir un leve gemido.

La noche ilumina el vecindario con el color azul y rojo que casi nunca significa nada bueno, es sinónimo siempre de escándalo o tragedia. En este caso un poco de ambos, lo cual no suele ser insólito. El escándalo que estaba en desarrollo ha tomado una forma casi física como la de un edificio, como un velo que cubre la casa de los Lyons-Bishop. Las amas de casa salen a compartir su horror pero también detalles de lo que consideran importante tomar en cuenta, los hombres curiosos observan desde la ventana cubriendo sus miradas con los periódicos. Marissa ni siquiera le pone importancia a la señora Hart, podría estar muerta y no le habría importado menos. Su hijo es ahora lo importante. Está en silencio, con sus pensamientos, con sus dudas, con sus más terribles miedos y con los escenarios que no la dejarán en paz hasta que no se aclare cuál es la verdad aunque si pregunta si la quiere saber, si la va a soportar.

La ambulancia llega luego de unos minutos, los vecinos se acercan como los mosquitos atraídos por las luces, el escándalo toca a Marissa con dedos morbosos, pero ella no le pone ninguna atención al qué dirán. Naomi, Hewes y otros detectives observan las huellas dactilares alrededor de la casa usando rayos ultravioleta. En la habitación de Marissa, hay cinco sets de huellas digitales que se descubrirán, lógico sería pensar que son las de Marissa y su esposo quienes habitan en la casa; Julia y de la señora Hart quienes la asistieron y la llevaron hasta acá, pero alguien más por identificar. En la sala, también hay cinco juegos de huellas digitales de las que la policía saca algunas copias para hacer los análisis respectivos para ver si son las mismas y a quienes pertenecen.

No solo la policía llega, sino también los medios de comunicación que se enteraron de todo el escándalo gracias a una enfermera del hospital

donde Marissa fue ingresada. Los reporteros preguntan desesperadamente con sus micrófonos, grabadoras y cuadernos de notas en mano; se acercan a los vecinos al no tener reportes oficiales, buscan alguna señal, un indicio, algo que les pueda dar una noticia, sea alguna verdad completa o a medias que incremente los niveles de audiencia. Necesitan morbo.

El esposo de Marissa se acerca a Naomi quien termina de recolectar las huellas dactilares del teléfono de casa donde aparentemente se han encontrado cuatro huellas diferentes también, es posible que sean dedos de la misma mano, pero aún deben investigar.

—Señorita Kessler. Necesito que encuentre a mi hijo —explica con cierta calma, cualquiera diría que es la roca que su esposa necesita en este momento para no hundirse en la desesperación.

—Estamos haciendo todo lo que podemos —explica la detective—. Se nota que es un caso complejo pero haremos lo mejor para traer al bebé sano y salvo a casa.

Una mujer llega a la casa en esos momentos, y se escucha que grita el nombre de Noah, al verla de cerca, se descubre la razón: los policías no la dejan pasar al creer que es otra curiosa más, una ave de rapiña que se alimenta de los escombros que deja el escándalo y el horror.

—Alicia —responde Noah.

—¿Usted conoce a esta mujer?

—Si, es nuestra amiga. Déjenla pasar, por favor —solicita a los oficiales que extendían sus brazos para impedir su paso.

Al entrar Alicia Lynn, la mayoría de oficiales se queda boquiabierto y desean no haberla contrariado. Es una mujer hermosa. Noah la abraza con fuerza, y ella dirige su mirada a su amiga, pero no observa al bebé.

—¿Dónde está el bebé? —pregunta— ¿Por qué ha venido la policía?

—Se lo robaron —responde Marissa con un tono frío, como si estuviera a cientos de kilómetros.

—Pensé que estabas en labor de parto cuando te encontré aquí —responde y todos los oficiales la vuelven a ver, no por su físico sino por la verdad que podría ayudar a descubrir.

—¿Usted la encontró aquí? —pregunta Naomi impactada por la forma tan casual o hasta vulgar que tiene la verdad de manifestarse.

—Si, vine acá luego de recibir una llamada anónima que Marissa podría estar en peligro.

—¿Era un hombre o una mujer?

—No lo sé. Me tomó por sorpresa. Contesté. Dijo rápidamente, Marissa está en problemas, no escuché bien y me gritó, ve a casa de Marissa, de forma impaciente cuando le pedí clarificación. Vine acá, pensé que todo estaba bien porque Marissa estaba en el sofá. Estaba sudando, si, pero no me fije en su vientre. Llamé un taxi para llevarla al hospital.

—¿Lo llamó desde su teléfono? —cuestiona Naomi.

—No, lo llamé desde el teléfono de esta casa —señala confundida el invisible teléfono aunque ya no está ahí sino en una bolsa plástica.

—La señora Lyons nos dijo que el teléfono no servía cuando ella intentó usarlo —insiste Naomi, intentando obtener alguna revelación ya sea de Alicia o quién sabe, hasta de la propia Marissa.

—No lo sé, —responde con énfasis— pero cuando yo lo usé si servía.

—¿A qué hora vino usted?

—Seguramente eran casi las siete de la noche porque la serie que veo termina a las siete y creo que había avanzado más de la mitad del episodio.

—Cuando usted vino acá ¿No vio a la señora Hart, la sirvienta de los Banks?

—No tendría porque verla acá otra vez —responde con cierta duda respecto a la pregunta, y confusión—. No vi a nadie más que a Marissa en la sala de estar.

—Señorita...

—Lynn, Alicia Lynn.

—¿Conoce usted a personas que quieren dañar a la señora Banks?

—No es muy popular en este vecindario, pero robar un bebé va más allá del desagrado general.

—¿En quién podría pensar usted, y también usted señor Bishop?

—Julia Banks —responde Alicia Lyons—. La ha odiado desde que le quitó

el lugar de presidenta del comité comunitario.

—Timothy Hudson —dice Noah Bishop y vuelve a ver a su esposa.

Capítulo 4

—¿Podría explicarnos porque el señor Hudson es una persona de interés?
—pregunta Naomi con gran interés.

—Él odia a mi esposa porque ella tiene un mejor puesto en el lugar donde trabajan.

—¿Dónde trabajan? —pregunta Naomi un poco impaciente. Odia que la gente lance hechos sin contexto como si no fuera la primera vez que se encuentran.

—En la Universidad Leavenworth —responde Alicia con prontitud.

—¿Sabe la dirección del señor Hudson? Necesitaría cuestionarlo. Este tipo de investigaciones deben hacerse a la brevedad posible.

—Vive a cinco casas de esta. Es la casa número 5612 —responde Alicia nuevamente.

Naomi se sorprende de la forma natural con que la gente dice esta clase de cosas, como si no tuvieran tantas implicaciones. Sale a la calle, y observa la cantidad de cámaras, y personas a la expectativa de lo que ocurre, esperando el mínimo desliz en la indagación para publicarlo hasta en sus blogs si no tienen la suficiente paciencia para esperar la edición física del día de mañana.

Observa una de las patrullas a lo lejos, cerca de la casa mencionada por la señorita Lynn. No quiere generar un escándalo mucho más grande, ni tampoco arruinar la reputación de un inocente mientras no se pruebe lo contrario. Saca su radio y habla con su compañero explicando que debe ir a la casa 5612 para hablar con Timothy Hudson respecto a la desaparición del bebé de Marissa Lyons, lo que hizo entre las 6 de la tarde y las 6:45 de la noche, hora nefasta en que todos los hechos tomaron lugar.

El oficial Hewes llega a casa de Timothy con la mayor discreción posible, pero aún la casa del señor Hudson parece estar diseñada para el escándalo porque no hay timbre sino que debe golpear la puerta con una aldaba de un extraño diseño metálico, dos patos sosteniendo un huevo con sus picos. Hewes observa a su alrededor para evitar a la prensa. Finalmente Timothy aparece en medio de la oscuridad, abriendo precipitadamente y con cierto enojo por la interrupción nocturna, Hewes

lleva su mano directo a su revólver sintiéndose un poco tonto de no haberlo hecho antes, pero Timothy no lleva arma, ni tampoco una camisa, ni pantalón, sino solamente un boxer ajustado. Su expresión cambia al darse cuenta que es un oficial de policía por la cantidad de patrullas en los alrededores.

—¿Qué ocurre? —pregunta alguien quien al parecer sale de una habitación, un chico con un cuerpo atlético, pero un chico, sin ropa tampoco, mientras el señor Hudson es eso, un señor. El joven lleva solo la ropa interior la cual se ajusta en el momento, indicador que apenas se la ha colocado.

—Regresa a la habitación —exige Timothy un tanto indispuerto ante la innecesaria exposición- Agradece a la oscuridad que no va a exponer su color rojo tomate —¿Qué puedo hacer por usted oficial?

—¿Es usted Timothy Hudson?

—Sí.

—¿Puedo pasar?

—Claro. Pase, deme un segundo antes.

Las luces del interior se encienden. Timothy vuelve a la habitación de donde salió el chico. No es su hijo por lo que Hewes puede deducir, no hay fotos familiares con una madre, ni fotos familiares de padre e hijo en caso la madre estuviera muerta- El nerviosismo de Timothy no venía por el desasosiego usual de enfrentar una autoridad sino por haber sido pillado con un chico. Timothy ya trae una camisa, y un pantalón corto.

—¿Es su hijo? —pregunta Hewes, imposible resistir la curiosidad.

—No —responde de forma seca y tajante, sonroja violentamente a viva luz—, es un amigo que se está quedando en casa.

—Vengo a preguntarle respecto a la señora Marissa Lyons

—¿Ocurrió algo con ella? —pregunta desconcertado, en apariencia, ¿aliviado?

—Su bebé fue secuestrado.

—Eso es terrible —dice de forma seca y diplomática, evidenciando que no le interesa tanto como su expresión aparenta.

—Nos dijeron que usted no es muy buen amigo de la señora Lyons que se

diga.

—¿Insinuó que le robe a su hijo? —la empatía de Timothy se convierte en sarcasmo—. Esa mujer de veras está loca. Quiere arruinarme —sacude su cabeza indignado.

—¿Le importaría decirme qué hacía entre las 6pm y las 6:45pm?

—Imagino que a esa hora ocurrió lo de Marissa.

—Contesté la pregunta —responde Hewes un poco ofuscado.

—Salí del trabajo un poco después de las 5:45, y me tardo casi una hora en llegar acá. Vine directo a mi casa.

—¿Alguien que confirme su coartada?

—Sí —responde con cierta duda—, mi amigo puede confirmárselo.

—Podría llamar a su amigo, por favor —avergonzado, Timothy se levanta, pero Hewes lo detiene.

—Llámelo, pero no le pregunte lo mismo que le dije a usted. Solamente diga su nombre.

—Jeremy —llama Timothy con cierto tono de preocupación.

—¿Ya se fue el policía? —pregunta Jeremy.

—No. Solamente quiere hacerte una pregunta.

Jeremy aparece con una camisa formal que le queda muy grande, la cual, Hewes está seguro, pertenece a Timothy. El chico mantiene una pose casual.

—Timothy. ¿A qué hora te reuniste con tu amigo acá presente? —se asegura de dar un tono ambiguo a la palabra amigo.

Ambos hombres se observan con nerviosismo, Timothy no sabe si en este tipo de casos la verdad es lo mejor, o lo más conveniente.

—¿Mi madre lo envió? —pregunta, para saber cómo debe responder, o que límites tiene.

—No, y debería preguntarme porque tu madre me enviaría por ti, pero necesito que me digas a qué hora te reuniste con el señor Hudson.

—A las 6:30 acá en su casa. A esa hora empieza nuestra serie favorita.

—¿Puedes enseñarme una identificación? —solicita, y el chico le entrega su cédula de identidad, con una fecha de emisión inferior a un mes.

Hewes se levanta, pero antes de eso, observa algo en uno de los sillones, una bolsa de donde se observa una porción de tela, con pequeños grabados de animales, tonos pasteles, ropa de niño.

—Mi hermana acaba de tener un bebé —explica Jeremy al ver al detective husmeando entre su ropa.

—Gracias por la información. Sigán en lo que sea que estaban —explica, haciéndolos avergonzarse, lo cual era su propósito.

Hewes sale de la casa, y no solo se pregunta lo secreto de la relación entre ambos, sino también de los secretos que ambos están guardando al mundo. Camina a la casa Lyons-Bishop y se encuentra con más policías y más periodistas deseando saber la verdad, quizá más que ellos mismos.

Observa al esposo de la señora Lyons con una mujer mucho más joven que no sabe que es Alicia Lynn, lo que le sorprende es ver la mano de Alicia sobre la de Noah Bishop, acariciándola con delicadeza, de una forma que una amiga no haría, al menos no una amiga común y corriente, los observa con tanta fijeza que su fijación es obvia, Alicia lo nota y retira la mano con rapidez evidentemente avergonzada de lo que se pueda interpretar, o descubrir.

Hewes se acerca a Naomi quien se encuentra al lado de Marissa dándole el consuelo que su esposo ahora busca, literalmente, en los brazos de Alicia.

—Vamos a encontrar a su bebé —asegura Naomi con pasión.

—Debí irme de este maldito lugar cuando tuve la oportunidad —explica, evidentemente fatigada. No hace menos de 4 horas había dado a luz, se habían robado a su bebé, y ahora debe descubrir quién lo había hecho.

—Me gustaría que nos acompañara al hospital. Necesitamos que descanse y aún debemos revisar su casa —solicita un hombre que se acerca a ellas.

Marissa se levanta y acompaña a Hewes quien se la lleva a la patrulla. Las cámaras se acercan y la enfocan, mientras su mirada solo se enfoca en la casa de los Banks que se encuentra a oscuras, aunque está segura que se encuentran tras las ventanas viendo como pasa todo, como progresa, que tan cerca están de la verdad los policías.

—Señora, ¿qué puede decirnos respecto al secuestro de su bebé?

—pregunta un periodista, la única voz que Marissa logra discernir entre el bullicio desesperado.

—Espero que la justicia sea ágil a pesar de ser ciega —responde, luego entra a la patrulla policial.

—¿Qué crees que ocurrió aquí, Jonathan? —pregunta Naomi al hombre que sugirió llevarse a Marissa.

—Necesito que se le hagan pruebas toxicológicas. Estoy casi seguro que lo que ocurrió en la casa de los Banks no fue un desvanecimiento repentino. La enfermera que la recibió en el hospital me dijo que parecía como si estuviera drogada. Vamos a hacerle más análisis antes que su sistema se deshaga de las pruebas.

—Señorita Kessler, encontré algo —avisa un joven oficial muy apuesto.

El chico los dirige hasta donde encontró este nuevo indicio, una pista que tal vez ayude en todo este misterio. Es una olla que se encuentra en el jardín, llena de cenizas. Saliendo de la olla, se encuentra una porción de una toalla llena de sangre.

—El bebé nació aquí —explica Naomi, clasifica la olla como parte del conjunto de pruebas.

Sugieren a Alicia que se vaya a su casa, y al señor Bishop que acompañe a su esposa en estos momentos de tribulación. Se van de la casa mientras la policía continúa revisando el lugar con detenimiento. No hay ninguna entrada forzosa. La persona vino del interior del círculo de los Lyons-Bishop o conocía muy bien la casa. Revisan el jardín por si acaso el bebé fue enterrado ahí, pero no encuentran nada, afortunadamente para el bebé, desafortunadamente para la investigación que debe continuar.

Naomi recibe una llamada la cual responde con prontitud pidiendo un poco de silencio a sus colegas al no entender exactamente lo que se le dice tras el auricular.

—Perdón Bill, casi no te escuché. ¿Me decías algo de una llamada?

—Estaba revisando las llamadas de los servicios de emergencia y no hay ninguna llamada para reportar el incidente de la señora Lyons, casualmente no hay ninguna llamada entre las seis y las seis y media.

—¿Quiere decir que Julia Banks nunca llamó a las autoridades para ayudar a su vecina? —pregunta, no sorprendida que las personas mientan, es una costumbre natural, ve a través de la ventana y la casa de los Banks

parece descansar de este día nefasto.

—Así parece.

—Gracias. Parece que tendremos que preparar un citatorio —anuncia con cierto gozo mórbido.

Capítulo 5

Al día siguiente, el sol sale siempre por el mismo punto cardinal, la vida sigue con normalidad para la mayoría de personas, el mundo sigue girando en la habitual órbita de todos los días, pero Marissa Lyons se encuentra en la cama de un hospital pensando en que habrá sido de su bebé, en las consecuencias del odio, en los errores que había cometido al subestimar a las personas que la odian o la resienten. De haberlo sabido nunca habría ido a casa de Julia, se reclama, llorando de manera controlada, apenas contrayendo el rostro, solo el agua salada se desliza por su rostro y su pecho se contrae por la represión de los gritos que no desea externar. No más. Es todo lo que está dispuesta a entregar a quienes le han tendido esta trampa. Hewes la observa y siente un poco de vergüenza al no saber qué decir para consolarla porque en realidad no hay nada que decir al respecto.

—Vamos a encontrar a su bebé, y vamos a llevar a la cárcel a quienes hayan hecho esta canallada.

—Quizá esto es un castigo ¿sabe? —revela, un poco desorientada por los medicamentos que se le aplicaron para calmarla, eso antes de sacarle sangre para descubrir otras sustancias que pudieron haberse suministrado.

—¿Por qué? —pregunta Hewes bastante inquieto ante la revelación, quizá una posible confesión disfrazada.

—Olvídelo —responde, su mirada pérdida, dirigida al vacío, al único lugar donde puede encontrar a su hijo.

A primera hora de la mañana, la detective Naomi Kessler regresa al vecindario luego de descansar un rato. Han pasado ya doce horas desde que Marissa Lyons perdió a su hijo, y sabe que en este tipo de casos, si bien la resolución no se espera inmediatamente, deben tener suficientes elementos para alcanzar algún indicio importante, sino la vida de un inocente corre más peligro porque al oír a Alicia decir que Julia odiaba a Marissa, solamente por un puesto en un estúpido consejo, Naomi es consciente que no trata con personas moralmente ideales como nunca se desearía sino personas que se dejan llevar por pasiones vanas. En este

vecindario hay algo más que envidias o simples rencores patéticos, hay algo detrás, secretos, secretos que llevan a la gente a cometer locuras por venganza, crueldades abominables, y como siempre, los justos pagan por los pecadores, los inocentes por los culpables, los hijos por sus padres.

La detective toca la puerta de la casa del matrimonio Banks con cierta delicadeza para sus usuales modales poco sutiles. En este lugar todo debe ser simulado, fingido, tal como todas las personas. No abre la señora Banks como se espera sino su esposo quien seguramente debería estar trabajando, pero está aquí, protegiéndola.

—Busco a la señora Julia Banks.

—No tiene nada en su contra —responde el señor Banks a la defensiva.

—No tengo nada en su contra pero si tengo una orden para llevarla a la comisaría, así que o me ayuda respondiendo unas preguntas aquí o la llevaré a la estación frente a todos sus vecinos —responde la detective con un rostro impassible, el chantaje insolente debe ser algo común en este lugar de todas formas.

—Pase —responde Marcus Banks avergonzado de no ser capaz de ayudar a su esposa.

Julia aparece con una taza de té en su mano la cual coloca en la mesa rápidamente para ocultar lo mucho que tiemblan sus manos, pero la forma en como la porcelana del vaso y el plato chocan de forma precipitada la delatan. ¿Es nerviosismo?, ¿pavor?, ¿culpa?

—La señora vino a hacerte unas preguntas —declara su esposo.

—Señorita Kessler —aclara Naomi con frescura—. Señora Banks, seguramente me recuerda —la detective extiende su mano pero la mujer no la sacude sino que simplemente toma asiento—. Soy la detective Naomi Kessler a cargo de la investigación respecto a la desaparición del hijo de la señora Lyons.

—Deberían buscar al verdadero culpable en lugar de acosar a personas inocentes —responde Julia a la defensiva.

—Ojalá fuera usted completamente inocente —responde Naomi. Es una provocación.

—¿Como se atreve a hablarle así a mi esposa? —espeta el señor Banks con bravuconería controlada. Naomi debería acercar la mano a su arma de fuego, pero sabe que es solamente un intento barato de valentía.

—Señora Banks —continúa la detective, ignorando por completo al esposo—, usted afirmó a la señora Lyons, y nos dijo también el día de ayer que usted había llamado a los paramédicos para ayudarla, pero los paramédicos nunca vinieron, y no fue por un retraso, una equivocación o el tráfico. Lo cierto es que usted nunca los llamó —es un hecho y no una pregunta en ninguna circunstancia.

Julia observa su taza, su mirada se detiene en el contenido como si hubiera alguna solución que le pueda proporcionar, como si la taza fuera un oráculo y no solamente un receptor de líquidos, como si pudiera frotarla y un humo se manifestara para darle la respuesta correcta. Su mirada se eleva lentamente hasta la oficial de policía.

—Es cierto, no llamé a las autoridades —confiesa con los ojos húmedos—. Quería ver a esa mujer sufriendo. Se lo merece. Usted ha visto que no es una mujer que se hace la víctima. Le encanta lo contrario, que otros sean sus víctimas.

—Ella no tiene porque saber esto —explica su esposo. Aun si bien es la verdad, no es nada beneficiosa para su caso.

—No. Quiero decirlo. ¿Sabe porque quería ver sufrir a Marissa? Era exactamente por eso, porque estaba embarazada. Yo perdí mi bebe hace unos diez meses. Aún lo recuerdo —narra con rabia que apenas logra contener—. Estábamos reunidos en el consejo de la comunidad. Yo había dicho a todas las vecinas que había perdido mi bebé ese mismo día, y ese día, ella dijo que estaba embarazada. Lo dijo tan feliz, y no le importo mi dolor, ni la mirada de reprobación de muchos, ni cuando se disculpó de forma burlona.

—¿Y por eso se robó a su bebé?

—No —responde con confusión y determinación—. No sé qué pasó con su bebé, pero espero que al menos el bebé esté bien.

—¿Qué pasó luego que usted y su sirvienta se la llevaron a su casa?

—Estaba nerviosa. No quería que Marissa muriera en mi casa, ni mucho menos luego de no llamar a las autoridades. Por eso le dije a la señora Hart, mi empleada, que me ayudara a llevarla a su casa. En la casa, ella sugirió llevarla al segundo piso porque tendría al bebé en cualquier momento y necesitaba toallas. Ahí intenté llamar a la policía, pero el teléfono no funcionaba.

—La señorita Alicia Lynn afirma haber usado ese mismo teléfono sin ningún problema.

—No lo sé, pero cuando yo fui no funcionaba, sino no entiendo porque Marissa vendría a mi casa —responde un poco ofuscada por la insinuación de una mentira luego de tantas verdades.

—Querida, creo que has ayudado suficiente —explica su esposo a modo de sugerencia para que deje de incriminarse.

—No me robé ningún bebé, señorita Kessler, ni le hice nada a esa harpía. Solamente la deje junto a la señora Hart. Sabía que no pasaría nada malo con ella ayudándola o al menos eso creía ya que al parecer me equivoqué. La gente mayor tiene más experiencia en esas cosas, en mantener el control —aclara, observa sus manos temblorosas como prueba—. Supuse que si la señora Hart dijo que el parto pasaría pronto, es porque sabía que así sería.

—¿Volvió usted a su casa?

—Sí volví y pasaron los minutos.

—¿Usted no llamó a la policía desde su casa?

—No. La señora Hart estaba con ella —explica su esposo.

—Si tenemos más preguntas le avisaremos —explica Naomi, comprende que el esposo no permitirá que se le pregunte abiertamente—. Espero responda con la verdad a la primera para no repetir visitas, así no perdemos ni su tiempo ni el mio.

Sale de la casa, no sin antes volver a ver antes de irse a, observa a ambos esposos abrazados, Julia Banks parece completamente perdida y su esposo en completo control de toda esta situación. Naomi se pregunta hasta qué punto, Julia es una víctima de una mujer cruel o de un esposo con una mente maestra. Luego de tratar con matrimonios tóxicos, nada le sorprendería menos.

Aprovechando la cercanía, Naomi se acerca a la casa de Alicia Lynn quien va saliendo de casa. Lleva un traje de enfermera y revisa el contenido de su bolso. La detective recuerda que quien sacó al bebé de Marissa, la llevó al hospital como si nada, y no había dejado rastros del parto más que toallas quemadas, tiene que ser un profesional de la salud. La idea le viene tan de repente que se siente tonta al no tomarlo en cuenta con anterioridad. Además, Hewes ya había compartido con Naomi el extraño comportamiento de la señorita Lynn con Noah Bishop.

—Señorita Lynn —llama.

—Dígame —responde la mujer con delicadeza—. Veo que viene de la casa de los Banks.

—Sí, le hice unas preguntas al matrimonio.

—No le crea nada a esa mujer —afirma con entereza e indignación solidaria—. Ella odia a Marissa. Algo debe ocultar o en algo debe estar involucrada. Seguramente se quedó con la señora Hart y le robaron al bebé. Eso del golpe de la señora es solamente una pose o Julia le dio una puñalada en la espalda, bueno, un candelero.

—Nos ocuparemos de confirmar o refutar esa teoría, señorita Lynn. Gracias por su aporte, pero me gustaría hacerle más preguntas.

—Julia odia a Marissa, no sé si usted ya lo sabe, pero Julia perdió un hijo y creo que le dio mucha envidia que Marissa tuviera uno. Quizá lo robó para reemplazarlo. Es inaudito, pero no hay límite para el horror.

—Tampoco para la imaginación —responde un poco frustrada que una mujer que guarda secretos quiera decirle cómo hacer su trabajo

—La gente es capaz de cosas retorcidas por odio.

—No solo por odio, pero ¿podría decirme su relación con la señora Lyons?
—vuelve al tema ya que Alicia parece intentar monopolizar la forma en cómo deben comunicarse.

—Somos buenas amigas desde hace tiempo —agrega con cierta irritación, pero la oculta de forma eficiente al ser muy perceptible—. Es horrible lo que debe estar pasando.

—¿Usted tiene hijos?

—No. No me gustan los niños honestamente y no tengo tiempo —señala su uniforme como forma de respuesta adicional.

—¿Tiene esposo?

—No —se nota el temor de la ruta donde estas preguntas se dirigen.

—¿Cual es su relación con el señor Bishop?

—Somos amigos —observa su reloj rápidamente. Naomi ya sabe la línea que viene—. Lamento interrumpir pero ya es tarde y debo ir a mi trabajo. Si recuerdo más detalles de lo que vi ayer, la contactaré. Aunque le

sugeriría hacer preguntas más puntuales.

Alicia Lynn sube a su automóvil con rapidez luego de recibir la tarjeta de Naomi. No vuelve a ver en ningún momento creyendo que esta será la cubierta perfecta para lo que desea ocultar, pero la curiosidad la traiciona y vuelve a ver por el espejo retrovisor en el preciso momento que Naomi la observa, no es que no haya dejado de verla desde que se retiró.

Quita la mirada con rapidez pero no era necesario. Su respuesta anterior ha confirmado a Naomi que no solamente debe investigar a los enemigos evidentes de Marissa Lyons sino también a sus enemigos ocultos disfrazados como amigos que son siempre los más peligrosos.

Capítulo 6

Judie Hart despierta casi al mediodía. Con su edad y luego de la contusión, no es de extrañarse que cueste un poco que reaccione y vuelva en sí. La enfermera que entra a revisar sus signos vitales la observa con los ojos abiertos, y luego sale para encontrarse con el detective Hewes.

—Acaba de despertar —informa, yéndose rápidamente para traer la comida de la dolorida mujer.

Hewes entra con prontitud para aprovechar este momento preciso, para que los recuerdos no se modifiquen ni se confundan, ni se alteren con alguna influencia externa. La señora Hart parece un poco a la defensiva ante el hombre que entra a su habitación tan repentinamente, irrespetando su dolor.

—Señora Judie Hart. Me llamo Benjamin Hewes. Soy un detective de la policía, y venía a hacerle unas cuantas preguntas.

—¿Qué me ocurrió? —cuestiona confundida.

—Estaba usted inconsciente y se le trajo a este establecimiento.

—Estaba en la casa de los Lyons —afirma, viendo a la nada como su fuente principal, donde siempre suelen encontrarse las respuestas correctas.

—¿Sí?

—Y ella me golpeó en la cabeza con algo duro.

—¿Ella? ¿A quién se refiere? —ya que ha discutido teorías con Naomi, espera que el nombre que salga será Julia Banks.

—Marissa, Marissa Lyons —aclara.

—¿Está usted segura? —pregunta el hombre confundido ante esta inesperada declaración que también podría atribuirse a la confusión de los eventos.

—Sí, fue ella quien me golpeó mientras yo estaba de espaldas. No había nadie más en la habitación que yo supiera.

La enfermera entra en ese momento con la bandeja de comida y le solicita a Hewes que deje a la señora Hart recuperar sus fuerzas. El oficial acepta y sale para hacer una llamada a su jefe inmediato.

—La señora Hart acaba de despertar. Dice que Marissa Lyons la golpeó. Debe ser el candelero que encontramos.

Minutos después, Naomi confirma lo dicho por la señora Hart y las únicas huellas encontradas en el candelabro son de la señora Lyons. En este punto el caso se complica. ¿Por qué golpearía Marissa Lyons a una mujer que intenta ayudarla? ¿Sabía que la señora Hart no quería ayudarla o no quería que la ayudara?

Naomi llega al hospital, pero no va a confirmar ni a pedir más información a la señora Hart, al menos no por ahora. Busca la habitación de Marissa para reiterar la nueva versión de los hechos. De todas formas, la gente es capaz de todo, tanto de secuestrar un bebé como de fingir que un bebé ha sido secuestrado. Se ha visto todo tipo de cosas en el mundo, y en el trabajo de Naomi las sorpresas son a veces el pan a día aunque considera que las personas son predecibles y por eso está segura que va a resolver este caso en su tiempo de resolución estimado.

Entra a la habitación de la que ya no está segura sea una víctima, quien se encuentra despierta. Naomi se pregunta si esta mujer sería capaz de fingir este luto. Pero la gente es capaz de esconder cosas terribles, así mismo son capaces de mostrar cosas ajenas a la realidad.

—¿Alguna novedad? —pregunta Marissa con más frialdad que expectativa, haciendo a la detective creer más en su nueva teoría, auspiciada por Alicia Lynn.

—La señora Hart acaba de despertar —anuncia y busca las reacciones de la sospechosa.

—No me interesa. Quiero saber sobre mi hijo —responde molesta. Naomi hubiese querido que fuera hipócrita para ver hasta dónde era capaz de

mentir aunque luego se pregunta si no lo está presenciando ya.

—Si estuviera muerta entonces se le estuviera acusando a usted de homicidio —explica Naomi con entereza, toma asiento en la cama.

—¿De qué habla? —pregunta Marissa intrigada

—La señora Hart dijo que usted la golpeó y parece que fue con un candelero que encontramos en su habitación.

—Es todo un plan de Julia Banks por haberme embarazado y ella perder su bebé... ahora todo tiene sentido —dice con cierta satisfacción morbosa, como si la revelación fuera más importante que saber el paradero de su recién nacido.

—Señora Lyons. No solo nos fiamos de lo que dijo la señora Hart sino que revisamos la evidencia con la policía. Las huellas que se encontraron en el candelero son únicamente tuyas —enfatisa de forma poco sutil.

—No recuerdo nada. Se lo juro —súplica Marissa, cambiando de reina del hielo a mujer desvalida—. Yo no me hice esto a mi misma si eso está insinuando —agrega, como si leyera la mente de la detective—. Solo quiero a mi bebé de vuelta conmigo.

Naomi abre la boca para responder con un nuevo argumento, pero tiene una llamada entrante. Es el detective Hewes. Da unas cuantas palabras de aliento y de consuelo a Marissa, y sale al pasillo para contestar. Sabe que ya no debe compartir todos los detalles de la investigación con Marissa ya que aún está por establecerse si es realmente una perjudicada o una casi perfecta mentirosa.

—¿Qué ocurre?

—Ven a la comisaría —demanda su colega—. El esposo de Julia Banks viene en unos minutos.

—Voy en camino.

Marcus Banks llega a la comisaría minutos antes que Naomi aparezca, pero Hewes logra distraerlo un rato y luego lo lleva a la oficina de Naomi Kessler quien según el rótulo en su puerta es el director de esta delegación. El señor Banks se muestra un poco nervioso pero logra aplacar bastante sus temores o sus dudas. Toma asiento.

—Señor Banks. Me mencionaron que quería hablar conmigo —dice Naomi

con cierta insinuación en su voz.

—Necesito aclarar algunas cosas.

—No quisiera aclaración sino la verdad —subraya.

—A eso vengo.

—¿Es respecto a la llamada que su esposa no efectuó?

—Yo impedí que llamara a la policía —explica secamente.

—¿Por qué haría eso? —Naomi intentando buscar diferentes escenarios.

—Yo trabajo con Noah Bishop. Somos buenos amigos. Lo vi antes de regresar al vecindario y me dijo que se iría a casa inmediatamente.

—¿Es usted amigo del esposo de la enemiga de su esposa? —pregunta por la inaudita afirmación. Otro vínculo extraño en este rompecabezas.

—Usted sabe que nosotros los hombres no somos como las mujeres, nos decimos las cosas a la cara y Noah estaba avergonzado por cómo su esposa había tratado el asunto del embarazo. Yo no guardé rencores; pero mi esposa, y las mujeres en general guardan el rencor como algopreciado.

—¿Así que usted le dijo a su esposa que no llamara a las autoridades de socorro porque el esposo de la señora Lyons llegaría pronto a casa? —casi agrega, ¿y espera que me crea eso?

—Si. Como le dije, lo vi antes de subirme al automóvil. Cuando llegué al vecindario y estaba estacionando el automóvil, vi a mi esposa correr hacia nuestra casa. Estaba desesperada y se veía muy alterada. Incluso estaba llorando. No la había visto en semejante estado desde que perdimos al bebé.

—Pero usted vio que Noah no llegó a casa, ¿por qué no hizo nada más?

—Nunca supe si Noah llegó o no. Mi esposa tenía una crisis nerviosa. Me encargué de ayudarla, de prepararle algún té. Algo para sacarla de ese estado, para que me explicara todo con más detalles, pero luego decidí darle un relajante muscular porque no se expresaba adecuadamente y pensé que estaba delirando. Incluso llegué a pensar que todo había sido producto de su imaginación. Tuve la idea de llamar a la policía pero no encontré el teléfono.

—¿No sospechó en ningún momento de la ausencia de la señora Hart?

—No lo noté. Me enfoqué en ayudar a mi esposa y no es por ofender a las personas de servicio, pero los jefes no nos fijamos en ellos demasiado. Además, pensé que se había ido al hospital con Marissa. Creí que era ella quién la acompañaba a subir al taxi.

—¿Hay alguien que pueda confirmar su coartada?

—Estábamos Noah, un colega, y yo.

Naomi solicita el número telefónico del nuevo testigo recurrente, llama, y para no dar la transcripción obvia, Noah confirma lo que ha sido dicho a la detective aunque no sería de extrañarse que ya Marcus Banks haya convencido a este hombre de decir una mentira.

El señor Banks se va, y Naomi queda en su escritorio preguntándose qué había ocurrido realmente. Hay demasiadas discrepancias. ¿Si Marissa había golpeado a la señora Hart, como había bajado a la sala sin ayuda de nadie en un estado tan crítico? ¿Había Alicia realmente recibido una llamada anónima para advertirla de la desgracia de Marissa o fue ahí por culpa o remordimiento que alguna parte del plan iba a salir mal?

Las teorías más fuertes son, uno, que Julia Banks aliada con su esposo se han robado al bebé. La otra es que Alicia está aliada con Noah para quitarle el bebé a Marissa, y está la teoría de una tercera persona involucrada, pero ¿quién? De cualquier manera, está dispuesta a llamar mañana al esposo de la señora Lyons para confirmar porque no llegó a casa si lo que dice Marcus Banks es cierto.

La respuesta no se hace esperar, y Hewes aparece en su oficina muy emocionado. Lleva un sobre amarillo en su mano y lo coloca en el escritorio. No explica qué es, mira a su colega con detenimiento, casi de forma divertida. Le encantan esta especie de preámbulos, pero Naomi los aborrece.

—Dime qué es eso y déjate de estupideces —solicita con firmeza.

—Son resultados de las huellas digitales encontradas en la casa de los Lyons-Bishop —aclara sin dejar su sonrisa a pesar del tono de reproche de su jefa. Ya está acostumbrado a este tipo de ataques.

—Eso podría leerlo en reporte, ¿dime que pasa? —Naomi empieza a abrir el sobre al darse cuenta que Hewes no va a apresurarse.

—Encontramos huellas en la habitación de Marissa, también en el teléfono de la casa, cinco conjuntos de huellas dactilares en la habitación de Marissa, y cinco en el teléfono de la casa y en varios lugares de la sala

principal. En la habitación y en el teléfono están las huellas de Marissa, Julia Banks, Noah Bishop. Las de Alicia Lynn están solamente en el teléfono.

—Ellos ya habían testificado eso de las huellas al admitir intentar usar el teléfono.

—Esas son las cuatro huellas en común que coinciden con los testimonios, Marissa intenta llamar, no funciona el teléfono, Judie hace lo mismo y no funciona, Alicia Lynn llama y funciona, y el señor Bishop probablemente había usado el teléfono en la mañana. Respecto a las huellas de la habitación...

—¿Ok?

—Las huellas de Judie Hart aparecen solamente en la habitación.

—Eso hace cinco, pero ella nunca tocó el teléfono —la iluminación llega entonces de forma inesperada, esa tercera persona necesaria para una nueva teoría—. Sus huellas no son las del teléfono. Falta alguien cuyas huellas aparecen en la habitación y en el teléfono.

—¿Adivina a quién pertenece el otro grupo de huellas que está en toda la casa y en el cable del teléfono? No son las huellas de Marissa ni de su esposo. No. Son las huellas de Timothy Hudson, y no solo estaban en el teléfono sino también en el cable del mismo. Él lo desconectó.

Capítulo 7

—¿Porque el señor Hudson haría algo en su contra? —Naomi aclara su voz por el teléfono luego de un breve saludo, y la explicación que aún no descubren la verdad pero que están avanzando, y la reiteración que se encontrará a su bebé.

—Descubrí un secreto de Timothy —responde Marissa.

—¿Podría decírmelo para ver si es lo suficientemente grave para robarle a su bebé?

—¿Es un sospechoso?

—Encontramos sus huellas en toda la casa.

—¡Oh por Dios! —ahoga su grito con sus manos.

—Y mi colega vio ropa de bebé ayer en su casa.

—Yo... —dice con la voz entrecortada— descubrí que tenía una aventura con un alumno que era menor de edad en ese entonces.

—¿De casualidad se llama Jeremy? —pregunta Hewes ya que el teléfono está en altoparlante.

—Sí.

—Vamos a seguir investigando señora Lyons. No se preocupe.

—Encuentren a mi bebé —pide con voz trágica.

Hewes y Naomi salen de la estación directo al vecindario de los Lyons, el principio y donde seguro será el final de este drama. Los detectives discuten las teorías. Hewes descarta la teoría de Bishop siendo el conspirador, la considera demasiado inverosímil aún si él mismo es quien vio a Alicia y a Noah Bishop en una forma bastante comprometedora.

—Honestamente no lo dudo por él sino por ella. Alicia Lynn no se ve como una mujer capaz de un crimen así —explica Hewes.

—Hemos visto crímenes pasionales de peor magnitud ejecutados por mujeres que buscan venganza o que simplemente se sienten solas. Además, la señorita, perdón, señora Lynn es una enfermera. Bien podía sacarle el bebé a su amiga sin ningún problema. Sus huellas estaban en la casa y su coartada de la televisión no nos dice que alguien la haya visto realmente haciendo eso.

—Pero sus huellas estaban solamente en la sala, no en otro lugar.

—Es una enfermera, es astuta y debe saber cómo limpiar huellas. Esa mujer parece involucrada con Noah. Presiento que tiene alguna relación en todo esto.

Llegan a la casa de Timothy, y esperan unos minutos antes que el hombre aparezca. Esta vez no viene con el chico del día anterior, de la noche anterior, se le nota un tanto nervioso por la presencia policía, pero no es algo de qué extrañarse.

—¿En qué puedo ayudarlos? —pregunta inquieto.

—Señor Hudson —empieza Hewes—, necesitamos que nos explique que hacia ayer entre las seis y las seis cuarenta y cinco.

—Ya le dije ayer. Venía de la universidad de dar un curso.

—Llamé a la universidad ahora, señor Hudson —explica Hewes con calma y también oculto placer—. Me dijeron que el día miércoles siempre se hace una reunión de personal que usualmente dura una hora. Esta ocurre a las cinco de la tarde hasta las cinco cuarenta y cinco, pero como la señora Lyons no llegó, no la quisieron desarrollar. Usted, sin embargo, y de acuerdo a uno de sus colegas, salió de la universidad a las cinco de la tarde. Usted dijo venir directamente a su casa y que eso le tomaba casi una hora o más, así que se le ubica perfectamente en la escena del crimen a la hora que el bebé de la señora Lyons fue robado.

—No he hecho nada. Vine a mi casa, y luego pase a recoger a Jeremy —responde nervioso y expuesto.

—¿Entonces qué hacían sus huellas en toda la casa? —agrega Naomi como la estacada final.

Timothy se queda parado por un momento, observa a su alrededor y nota a algunos vecinos vigilando con curiosidad, tal como él siempre ha temido. Siente deseos de llorar pero se compone.

—Entren a mi casa, no quiero discutir esto aquí afuera —explica.

De nuevo, Hewes acerca su mano a su revólver temiendo una emboscada, otra emboscada como la que se le tendió a Marissa Lyons, pero no ocurre nada de eso.

Timothy lanza su portafolio en el sillón para luego servirse un trago no sin antes ofrecer uno a los oficiales quienes evidentemente no lo aceptan. Timothy parece abrirse como una flor en un día de verano, su expresión demuestra el deseo de sacar lo que no lo deja en paz.

—Aborrezco a Marissa Lyons como no tienen una idea. Esa mujer es una maldita —se nota que quisiera gritarlo—. Nadie tiene derecho a perder a su hijo, pero esa mujer está muy cerca de ser la primera que se lo merezca. Es una maldita perra. Sabía mi secreto y... nunca dormí con el chico con el que me vio —explica apresurado para no salvarse de un crimen pero incriminarse en otro—. Salíamos, sí, pero... no es algo que muchos van a entender. Ambos nos completamos. Es el mejor estudiante del curso, y... ambos nos enamoramos. Ella solo quería un mejor puesto y me obligó a empeorar mi trabajo para obtener el puesto que yo merecía. Es una bruja.

—Señor Hudson aún con lo interesante que su vida amorosa puede parecer a sus ojos, estamos interesados en saber cómo sus huellas

llegaron a la casa de Marissa —recalca Naomi.

—Venía en mi automóvil. Es cierto. Eran las seis de la tarde y unos minutos después, venía oyendo una emisión de radio que empieza exactamente a las seis de la tarde, ya habían pasado dos o tres canciones favoritas. Vi la puerta de la casa de Marissa abierta, y me pareció extraño. No es que me importara si le hubiera ocurrido algo, o bueno, quizá sí. No soy un sociópata como ella. Detuve el automóvil unos metros antes de su casa. Me bajé. Fui a la puerta principal. Entré. Llamé su nombre pero nadie contestaba. Creí oír un ruido y dudé si debía irme. Luego pensé que tal vez se habían ido al hospital porque Marissa ya había dado a luz, y había olvidado cerrar la puerta. Fui a la cocina, llame los nombres de ambos y ninguno contestó. Escuché un ruido en el segundo piso, pensé en llamar a la policía pero no tenía una explicación que dar, pero dudé. Al intentar marcar el número el teléfono no había tono, revisé el cable y estaba desconectado. No lo conecté. En su lugar, subí a ver, por si acaso solo era parte de mi imaginación. Abrí la puerta de la que supuse era su habitación y no encontré nada así que me fui de la casa.

—¿No vio a la señora Lyons saliendo de su casa cuando iba en su automóvil o saliendo de la casa de la señora Banks al abandonar la casa de Marissa?

—No vi nada.

—Gracias por su ayuda —responde Hewes.

Los detectives salen de la casa, un poco decepcionados de los descubrimientos aunque saben que la teoría de la venganza de un hombre chantajeado no debe darse por sentado tan fácil. La gente hace locuras por amor, pero también llega a límites descabellados por el odio.

—¿Le creíste? —pregunta Naomi.

—No podía haberle sacado al bebé.

—No tuvo que haberlo hecho él solo necesariamente —responde Naomi, viendo a unos cuantos pasos la casa de Alicia Lynn.

Los policías casi se van a la delegación nuevamente, pero reconocen el automóvil de Noah Bishop que regresa a casa junto a su esposa. Noah se detiene ante los oficiales. Marissa desciende del automóvil, y le pide a su esposo que la espere en casa.

—¿Qué les dijo ese maldito? —pregunta Marissa ofuscada.

—No tenemos suficientes pruebas contra él, pero seguiremos investigando

—explica Naomi con calma.

—Vivo en un nido de víboras —dice Marissa desesperada.

—Señora Lyons, debo hacerle una pregunta —Naomi se siente inspirado al ver la casa de Alicia Lynn —¿Cual es su relación con Alicia Lynn?

—Somos amigas desde hace tiempo —al ver el rostro de duda de Naomi sabe que debe dar más detalles—. Ella me atendió hace un tiempo en el hospital, cuando tuve... un aborto espontáneo.

—¿Es así como ella conoce a su esposo? —pregunta Hewes.

—Es un tanto complicado... Alicia es la ex esposa de Noah. Ella no tiene nada que ver en esto —se adelanta a las presunciones que se forman los detectives.

—Eso lo verificaremos.

—¿Sospecha usted del señor Banks?

—No —responde extrañada como si le hubiesen preguntado si le gusta su comida menos preferida—. Tal vez de su esposa, pero no de él.

Como una coincidencia del destino, Naomi recibe una llamada y solicita un poco de tiempo a Hewes y a Marissa. Lo llama el mismo policía que insinuó que Marissa había sido drogada así que sabe que esto debe ser importante.

—¿Qué ocurre, Jonathan? ¿Algún indicio nuevo? —cuestiona con muchos ánimos.

—Muchas pistas. Primero, Marissa Lyons si fue drogada tal como lo sospechamos, y fueron relajantes musculares los que se le proporcionaron. Algo no muy apropiado con una mujer que está a punto de dar a luz.

—Por eso no recuerda mucho de los eventos en cuestión. Señora Lyons —pregunta Maxwell—, ¿tomo algo antes de ir a la casa de los Banks?

—Tome una taza de café en mi casa, pero eso fue todo... aunque en casa de Julia me ofrecieron una taza de té.

—¿La tomó?

—Si —responde preocupada.

—¿Qué más? —pregunta Naomi al informante aún al teléfono.

—También la señora Judie Hart fue drogada.

—¿Qué?

—Se encontraron drogas en la señora Hart —repite el hombre un poco ofuscado por tener que repetir todo—. Ya le informamos, así que no quiere regresar a casa de los Banks por sus cosas aunque menciona que no tiene dinero.

—Tendré que hablar con los Banks nuevamente —explica un poco hastiado.

—¿Qué ocurre? —pregunta Marissa.

—Es la señora Banks, al parecer fue drogada también ese día, y no quiere volver a casa de sus jefes porque bueno...

—Ella cree que ellos lo hicieron —responde Marissa con un tono un tanto aterrizado.

—Sí, bueno. No tiene dinero ahora, y no quiere ir a casa de los Banks a traer sus cosas —explica el oficial informante.

—¿Está la señora Banks con su colega? —pregunta Marissa evidentemente preocupada.

—Sí —responde el hombre oyendo a Marissa a lo lejos—. Ella está conmigo.

—¿Quiere hablar con ella? —pregunta Naomi.

—Por favor.

Naomi entrega el teléfono a Marissa, seguramente es la culpa por haberla golpeado con el candelero, se dice a sí misma.

—Judie. Soy yo, Marissa. Lamento lo que está ocurriendo... no te preocupes por mi. Estoy segura que todo saldrá bien... se resolverá. Te lo aseguro. Te daré el dinero para una habitación... no lo tomes como caridad sino como un regalo de una vieja amiga —explica, dejando con mucha más confusión a Naomi. Otra relación retorcida en la vida de la señora Lyons.

Capítulo 8

—¿Cómo conoce usted a la señora Hart? —pregunta Naomi a Marissa, en el tono más casual posible al finalizar la llamada.

—Ella solía ser mi sirvienta hace mucho tiempo —explica Marissa con la mayor naturalidad del mundo.

Naomi se va con Hewes en el automóvil, frustrada por no haber tomado a Marissa Lyons como sospechosa de mayor relevancia. ¿Cómo es posible que sea tan buena amiga de la ex esposa de su ahora esposo?, y ¿cómo es posible que su antigua sirvienta sea la que es golpeada en el momento clave del secuestro y son sus huellas las que se encuentran en el candelabro con el que fue aturdida? Todo es demasiado sospechoso y entra la duda de descubrir si Marissa es la persona más ingenua del mundo o una de las más astutas al aparentar no serlo.

—Pienzas que Marissa sabe más de lo que dice —le dice Hewes mientras su jefa toma notas con rapidez.

—Pienso que Marissa tiene secretos que no nos quiere decir, y ¿a quién acudirías si deseas saber la opinión de una esposa? —pregunta, recuperando cierto humor luego de esta revelación.

—¿Al esposo?

—No. A la suegra. Necesito que busques la información de contacto de la señora Bishop. Es hora que descubramos que tiene Marissa Lyons que no nos ha querido decir de su pasado.

Al día siguiente, antes de ir a la casa de la señora Bishop, Naomi observa con cuidado la línea de tiempo que ha creado con los eventos que considera más importantes y trascendentales.

6:00pm-6:05pm

Marissa Lyons tiene un fuerte dolor luego de tomar un café que podría haber sido alterado con anterioridad. No se encontró la taza donde dice haberlo consumido. Va a casa de Julia Banks luego de descubrir que su teléfono de casa no funciona.

6:05pm-6:15pm

Marissa se encuentra en casa de Julia Banks, recibe una taza de té proporcionada por la señora Banks, dicho té contenía drogas que hicieron a la señora Lyons perder la consciencia. Anteriormente, Julia había fingido llamar a las autoridades para calmar a Marissa pero según registros

telefónicos no lo hizo.

Timothy Hudson, viendo que la puerta de la casa de la señora Lyons está abierta, decide entrar a investigar. Escucha ruido en el segundo piso, pero no encuentra a nadie. Intenta llamar a la policía pero el teléfono no funciona. Sus huellas digitales se encuentran en toda la casa.

6:15pm-6:20pm

Julia Banks regresa con la señora Hart y Marissa para dejarla en su casa temiendo que haya tenido una crisis por su negligencia. La suben al segundo piso creyendo que está a punto de dar a luz. Julia abandona la casa después de dejar a Marisa con la señora Hart.

6:20pm

Julia Banks encuentra a su esposo a quien pide llamar a las autoridades. Él le explica que ha visto hace minutos al señor Bishop, esposo de Marissa Lyons, y viene en camino. El señor Banks le pide que se calme, pero Julia empeora y el señor Banks se enfoca en ayudarla a salir de su crisis y le da un relajante.

6:20-6:40pm

Marissa Lyons da a luz, sin embargo, antes de hacerlo, ocurre algo con la señora Hart (quién es su antigua sirvienta) y le da un golpe con un candelero. Según reportes toxicológicos, ambas estaban drogadas ese día. Con una sustancia posiblemente proporcionada en la casa de la señora Julia Banks.

6:40pm

Alicia Lynn, amiga de Marissa Banks recibe una llamada anónima informándole que su amiga está en peligro.

6:45pm

Alicia Lynn llega a casa de su amiga quien está realmente pálida, llama a un taxi usando el teléfono de casa que ahora si funciona. Es una enfermera y no se percata que el bebé de su amiga ya ha sido removido y tampoco lo acompaña al hospital.

Conclusiones del caso:

* El teléfono de la casa Lyons fue desconectado antes de las 6pm y estuvo así entre las 6pm y las 6:20pm. Debió ser conectado nuevamente entre

las 6:20pm y las 6:45pm.

* El bebé fue abducido entre las 6:30 y las 6:45pm. El señor Banks dice haber cuidado a la señora Banks en ese tiempo. Timothy Hudson dice haber recogido a su novio a esa hora aunque no hay testigos para probarlo según él porque están saliendo en secreto. La señora Lynn estaba en su casa viendo televisión, o al menos eso asegura.

* Marissa Lyons debió haber descendido con la ayuda de alguien a la sala principal ya que se presupone que el parto ocurrió en su habitación y la señora Hart estaba inconsciente para ayudarla.

—Naomi, ¿Tienes tiempo? —pregunta un colega involucrado en la investigación mientras ella escribe el reporte.

—Dime —solicita prontamente dejando el lapicero a un lado.

—Revisamos los registros telefónicos de la familia Banks para confirmar si no había llamado alguna ambulancia, y confirmamos que no hay nada, pero encontramos algo extraño. Hay una llamada a Alicia Lynn desde el celular del señor Banks. Acabo de llamar para confirmar que es su número.

—Gracias por la información.

Naomi corrige una parte de la línea de tiempo.

6:40pm

Alicia Lynn, amiga de Marissa Lyons recibe una llamada anónima informándole que su amiga está en peligro. La llamada anónima proviene del teléfono celular de Marcus Banks quien no había mencionado en absoluto dicho hecho.

Lo que está frente al detective Hewes y Naomi no es una casa común y corriente en los suburbios, como hubieran esperado, sino un asilo de ancianos. Naomi descarta inmediatamente a la señora Bishop como posible sospechosa ya que muy dentro de sí, esperaba que esta mujer también fuera parte importante del rompecabezas, y al final quizá solo sirva como ruido de fondo. Sin embargo, está consciente que nunca se sabe ni puede darse nada por sentado porque la gente es tan impredecible como los desastres naturales, y a veces, con su misma capacidad de destrucción si se lo llegan a proponer.

La anciana los espera con una taza de té aunque no es una mujer completamente decrepita o inútil como habrían podido pensar, sino al

contrario. Es una mujer muy ágil y vivaz.

—¿A que solía dedicarse, señora Bishop? —cuestiona Naomi para acelerar un poco el proceso.

—Solía ser doctora —sirve la taza de té a cada uno, luego la suya propia. Da una pausa dramática que aprovecha para darle un sorbo a su té y agregar una cucharada de azúcar—, luego vino la vejez y ya saben la historia. De nada sirven los logros del pasado con la inutilidad de la edad. Si hubiera sabido... —toma su taza de té como si se tratara de una copa de vino, con mucha delicadeza, con ira que no sea así, condenada al té para calmar su furia; limitada, controlada, algo que quizá nunca había sido en su juventud. Se nota en sus ojos, en su forma de desenvolverse.

—Veníamos a hablar de su nuera —revela el detective Hewes.

—Si está muerta, yo no tuve nada que ver —bromea, muestra sus dientes falsos pero bastante realistas—. No era mi persona favorita, pero tampoco iría a comer tierra a prisión por una mujer como ella.

—No está muerta —aclara Hewes ya que siente que la mujer se pierde en sus pensamientos, y en rencores del pasado.

—¿Entonces a qué vienen? —hay impaciencia en su tono. Ha sido condenada a vivir en las sombras, al menos su tiempo y atención son las únicas cosas que puede controlar.

—El bebé de su nuera fue robado —explica Naomi sin mucho tacto, sabe que la sutileza no funcionara con esta mujer.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso? —cuestiona con la típica impaciencia de la edad y con la ironía de la frustración.

—Solamente queremos que nos diga sus opiniones respecto a la señora Lyons —cuestiona indirectamente Naomi.

—Que bien que no le digan señora Bishop a esa ramera. Nunca estuve de acuerdo con la relación que tuvo con mi hijo. Aún me pregunto porque dejó a Alicia por una mujer tan insípida y muerta por dentro.

—¿Por qué no le agrada? —pregunta Hewes —¿Qué le hizo? —agrega para reducir el alcance de la pregunta, sino las quejas solamente van a extenderse de manera aburrida.

—Esto —señala su habitación, las cuatro paredes que la han aislado del mundo, de su hijo—. Esa mujer es una ramera y una manipuladora. Aún en las reuniones familiares la veía coquetear con los primos de mi hijo. No

dudo que haya sido algún amante que robó su bebé.

—¿Su bebé? —pregunta Naomi, solo para confirmar lo que la señora Bishop intenta insinuar.

—Ese bebé no era de mi hijo. Estoy segura —da un golpecito a la mesa donde casi deja caer las tazas de té—. Debió ser el hijo de alguna aventura suya.

—¿Conoce algún enemigo de Marissa? —pregunta Hewes.

—Todo el que la conozca lo suficiente —responde riendo.

—¿Algún enemigo de su hijo? ¿El señor Marcus Banks? —cuestiona Naomi.

—No metan a Marcus en esto —sentencia—. Él es un hombre excelente. Una de las pocas amistades que he aceptado de mi hijo. Marcus ayudó a Noah en mucho cuando buscaba un trabajo. Siempre estaré agradecida con él.

—¿Y su esposa, Julia?

—¡Oh! Julia es una mujer muy centrada, aunque bastante sensible. Me ha visitado aquí algunas veces. Hubiese sido una buena mujer para mi hijo, pero me alegra que haya terminado con alguien como Marcus. Son el uno para el otro. Espero ese niño de Marissa nunca aparezca aunque no me extrañaría que fuera un truco para llamar la maldita atención, que es su postre favorito.

—Gracias señora Bishop —Naomi se levanta de la silla que cruje al liberarse del peso.

Ambos detectives salen de la habitación de la señora Bishop, confundidos por las palabras de la resentida suegra. ¿Son el matrimonio Banks amigos o enemigos muy bien disimulados?

—¿Qué opinas de todo eso? —pregunta Naomi buscando una opinión ajena para consolidar la suya.

—La señora Bishop o es una madre disgustada porque le quitaron a todo hijo único, o dio una descripción de la verdadera señora Lyons.

—¿De qué sería capaz Marissa Lyons?

—He pensado en que Marissa pudo hacer todo ella misma. Casualmente golpea a su antigua sirvienta y dice no recordar nada. Toma algo en casa de los Banks para insinuar que fue Julia quien la drogó, pero antes había mencionado un café en su casa del cual no encontramos ninguna pista, ¿Acaso le dio tiempo de lavar los platos antes de ir donde Julia Banks para pedir ayuda? La misma Marissa pudo desconectar el teléfono. Quizá quería deshacerse del bebé porque como dijo la señora Bishop, no es de su esposo. Quería evitar el escándalo y salir bien librada. Es una mujer despiadada, sí, pero no es tonta.

—Pues la señora Hart estaba drogada —contradice Naomi buscando la debilidad de esa teoría—. Fue en casa de los Banks. Por eso es que la sirvienta no quería regresar con ellos, porque estoy seguro que Julia le dio algo antes de que Marissa llegara a su casa.

—Lo extraño es como Marissa podría descender del segundo piso sin ayuda de nadie —continúa dejando volar su imaginación con esta teoría—. Tuvo que tener un cómplice si lo hizo ella misma.

Naomi tiene una llamada entrante y se siente aliviada para no tener que fingir que está de acuerdo con Hewes considerando los vacíos que ella logra llenar en sus suposiciones. Espera que este llamado sea una nueva pista, la pieza que falta para responder el rompecabezas, el último acto de este drama que se ha alargado más de lo necesario.

—¿Qué noticias hay? —va al punto.

—Revisé todo sobre los Banks como me pediste en la mañana, y acabo de descubrir que tenían planeado un viaje para dentro de dos semanas, y hay algo muy interesante en todo esto —explica su informante.

—¿Qué?

—Parece que fue el mismo Noah Bishop fue quien les dio los boletos.

Capítulo 9

Naomi llega a su escritorio, cansada de pensar en este nuevo caso que absorbe toda su atención, donde hay demasiados sospechosos, mucho odio, exceso de hipocresía. La vida sería más fácil si la gente se dijera a menudo las cosas que piensan la una de la otra, piensa.

Irónicamente, es mucho más fácil controlar una situación como una masacre, cuando hay un arma homicida que fácilmente se vincula a una persona a través de huellas digitales, y si las cosas se complican más habrá más de un conjunto de huellas en un arma, pero eventualmente hay testigos, pruebas que se efectúan, registros del dueño del arma. En este caso solo hay mentiras ingeniosas, verdades a medias poco

convenientes para los involucrados, fachadas que se muestran al público que podrían ser lejanas a la verdadera realidad y secretos que todos ocultan. Saben lo peligrosos que pueden ser, por miedo a ser incriminados o por miedo a ser descubierto.

Ahora espera la presencia de alguien que espera sirva como testigo a todo este desastre, pero como siempre ocurren cosas inesperadas, tal como Marissa quien estaba dando a luz y de repente su hijo fue raptado. O al menos de acuerdo con su versión de las cosas.

Noah Bishop entra con ímpetu a la oficina, muy molesto; es evidente en sus modales poco refinados, como el hecho de no tocar la puerta sino solamente acceder sin esperar el permiso.

—¿Que cree que está haciendo? —cuestiona Noah ofuscado.

—¿Trabajando? —responde Naomi con calma provocadora. Sabe lo que se viene con premeditación y está lista para todo, especialmente para desenmascarar a los doble cara.

—No tenía nada que hacer cuestionando a mi madre. Es una mujer mayor y merece respeto.

—Creo que un bebé perdido merece respuestas. Me interesan más las respuestas que las opiniones subjetivas.

—No se quiera pasar de lista —señala Bishop como si su dedo fuera una pistola que va a abrir fuego contra ella.

—Eso mismo quisiera decirle yo, señor Bishop —dice con calma que sabe que va a alterar más a este hombre—. Me ha ahorrado la penosa necesidad de hacerle preguntas que tengo preparadas frente a su esposa.

—No sé a qué tipo de preguntas se refiere —baja un poco la guardia, disminuye el ímpetu con el que llegó.

—¿Por qué les dio un vuelo a los Banks para dentro de dos semanas?

—No tengo porque dar explicaciones respecto a mis gastos —reclama para recuperar el poder.

—Si debería, si no quiere convertirse en una persona de interés en la búsqueda de su hijo —amenaza Naomi con sutileza, pero no es la delicadeza de una flor sino la fineza mortal de un bisturí.

—¿A que se refiere? —pregunta un poco nervioso.

—Señor Bishop, ¿qué hacía usted el día de anteayer entre las 6 de la tarde y las seis cuarenta y cinco? —pregunta Naomi sin ningún tapujo.

—¿No puede creer usted que tengo algo que ver con la desaparición de mi propio hijo? —Naomi casi se tiente a decir, pero usted sabe que no es suyo.

—Puedo creer lo que desee de las personas porque nadie es infalible. Necesito que responda la pregunta —insiste Naomi un poco molesta al tratarsele como si ella fuera el acusado—. En todo caso, no estoy aquí para responder sus cuestionamientos ni compartir mis creencias. Podría hacerlo, pero ese no es mi trabajo. No me pagan para eso.

—Solo necesito saber porque podría ser relevante —dice con menos pasión.

—El señor Banks evitó que la esposa de él, la señora Julia Banks llamará a la policía porque le dijo que usted iba en camino a casa. Julia asumió que usted la ayudaría en el parto, y bueno, como sabemos no ocurrió y por eso nos conocimos, y por eso estamos aquí.

Noah reflexiona un momento, se lleva ambas manos al rostro, no deseando llorar ni confesar, sino sabiendo que está acorralado, un secreto está a punto de salir a la luz. Uno que quizá ni siquiera tiene nada que ver con lo ocurrido en su casa, ¿o sí?

—No llegué a casa porque me quede hablando con alguien en el camino —admite, sabe que debe decir el nombre, pero la esperanza es lo último que muere. Espera que por decencia, por piedad, Naomi no lo pregunte.

—¿Quién era ese alguien? —no hay piedad en este mundo.

—Alicia Lynn —enrojece al mencionar el nombre y traga saliva como si se tratara de un cubo de hielo.

—¿Su ex esposa?

—¿Cómo sabe eso? —pregunta y Naomi no puede evitar exhibir un rostro que dice, ¿habla en serio?

—Ya discutimos el método de cuestionamiento, señor Bishop. No va a ser de ambos lados sino de uno solo. Necesito que responda que hacía con su ex esposa después de su trabajo. Entiendo que ella trabaja en un hospital y usted en un bufete de abogados. ¿Qué tan cerca están dichos lugares?

—No tanto —responde con brevedad, deseando que eso evite que se

revele toda la verdad.

—¿Qué hacían?

—¿Fuimos a tomar un café? Ok. Luego Alicia dijo que tenía que irse a casa, y yo me quedé sentado —por la irritabilidad con lo que lo dice, es obvio que no es toda la verdad.

—¿Sentado haciendo que?

—Pensando.

—La señora Lynn llegó antes de las seis cuarenta y cinco de la tarde a casa, y según los reportes del hospital, usted llegó ahí hasta casi a las 8pm ¿Por qué?

—Estaba pensando las cosas ¿OK? —responde. La verdad está a punto de salir en torrentes, la represa que la detiene se cae. Quizá lo salvará de las acusaciones, pero habrá otro tipo de señalamientos hacia su persona—. Luego que Alicia se fuera. Apagué mi teléfono. Tenía cosas en que pensar. En el futuro.

—¿Tiene una aventura con la señora Lynn? —pregunta, solo para confirmar la fórmula disimulada del señor Bishop.

—Solía ser mi esposa —responde.

—Esa no fue la pregunta.

Noah se queda en silencio por unos segundos, observa a Naomi solicitando compasión, pero sabe que no la encontrara; como un niño ante un profesor, una madre, el director, una autoridad; a la que sabe que no puede mentir aun si lo deseara. Recuerda que es un adulto y puede controlar esto, pero es una mentira que se dice. No debería esperar clemencia, pero uno siempre tiene el error de creer en milagros.

—Sí —responde humillado, como un niño que ha dejado caer una pila de platos de porcelana—, pero Alicia no está de acuerdo. Ese día tuvimos una discusión. Ella estaba enojada por haberla convertido en la amante, y se fue del lugar. Me recordó que debería haber dejado a Marissa luego del parto, pero le dije que por muy fuerte que Marissa fuera, no podía hacerle eso. Apagué el teléfono porque debía pensar. No es fácil tener una aventura con un hijo en camino, ¿sabe? No es fácil tomar decisiones. Ambas mujeres son tan diferentes, como el ying y el yang.

—¿Y qué hay del viaje que le pagó a los Banks?

—No se los pagué. Marcus me prestó el dinero para darle un tiempo libre a su esposa. Hace poco se recuperó del cáncer, y quería darle un poco de paz.

—¿Es por eso que la señora Banks perdió a su bebé?

—Sí —responde con aire lúgubre—, honestamente... —continúa—, no creo que los Banks tengan nada que ver en todo esto.

—Su esposa busca ayuda en ellos. La sirvienta de los Banks se queda con su esposa, ¿qué más quiere que creamos? ¿Tiene alguna teoría?

—Ninguna, pero encuentren al bebé lo más pronto posible —Naomi se da cuenta que no dice mi bebé y eso la inquieta, ¿le conviene más a él o Marissa que haya desaparecido?

Naomi entiende el mensaje detrás de esa súplica, pero para no dejar ningún mensaje ambiguo, prefiere aclarar, aunque nuevas sospechas surgen por las implicaciones de semejante declaración.

—¿Va a dejar a la señora Lyons luego de esto?

—Probablemente —explica, se levanta y se despide con una actitud opuesta a como apareció.

La señora Hart, a quien Naomi espera con ansia, llega luego de unos minutos. Espera no se haya encontrado con Noah para no alterar su testimonio. La señora Hart se nota cansada, ansiosa, y quizá hasta temerosa de lo que le pueda pasar.

—Señora Hart, me alegra haya tomado el tiempo para venir a ayudarnos. Realmente aprecio su apoyo.

—No hay ningún problema.

—¿Volvió a casa de los Banks?

—No, y no creo regresar en el futuro cercano.

—¿Cree usted que ellos la drogaron?

—No creo nada, señorita Kessler. Ahora creo en todo. Un bebé desaparecido robado hace que uno se pregunte hasta qué límites llega la gente, y no quiero meterme en ningún fuego cruzado, ni descubrirlo por

mi misma. Para eso están las autoridades.

Naomi se prepara para la pregunta del millón de dólares. A veces para conocer a una mujer no se debe hablar con su suegra, ahí se equivocó y no tiene miedo de admitirlo, sino que se debe conversar con su sirvienta, o quizá debe hacerse para confirmar y terminar de conocer a una mujer. Y a una sirvienta no se le pregunta cómo conoció a su jefa, ni cómo la trataba. La verdad, en este caso, se descubre al conocer como la despidió.

—¿Hace cuanto dejó usted de trabajar con la señora Lyons?

—Hace un poco más de un año.

—¿Bajo qué circunstancias dejó usted de trabajar con la señora Lyons?

—Motivos personales —dice de nuevo de forma tajante, como si ha esperado estas preguntas.

—¿Por qué la despidió la señora Lyons?

—Ella nunca me despidió. Yo renuncié.

—¿Por qué?

—No me gustaba su actitud —responde con duda.

—Necesito que me diga la verdad, señora Hart. Necesito conocer a todos los sospechosos en el caso del niño perdido —solicita con vehemencia.

—¿No soy sospechosa o sí? —pregunta con inquietud por un orgullo herido.

—No, pero necesito su ayuda.

—¿Es Marissa una sospechosa? —cuestiona sorprendida y casi deja salir una leve sonrisa.

—No, pero necesito saber quien podría querer lastimarla.

—Señorita Kessler, no siempre las cosas malas vienen de enemigos sino de lo contrario.

—¿Qué quiere decir con eso? —pregunta la detective, desea decir en realidad, ¿Qué insinúa?

—Dejé la casa de la familia Lyons-Bishop porque me enteré que la señora Lyons tenía una aventura. No podía tolerar algo semejante ocurriendo y

yo pretender que nada ocurría. Incluso hubo ocasiones en que me pidió cubrirla con su esposo, y entonces decidí irme.

—¿Decidió irse con su peor enemiga?

—Para ese entonces no se llevaban tan mal.

—Muchas gracias por toda la información. Una pregunta más, ¿Sabe de casualidad el nombre del amante de Marissa?

—Troy. Es lo único que la oía decir por teléfono. Sé que es un estudiante de la universidad donde ella trabaja —dice, se va con lentitud. Cierra la puerta con mucho cuidado.

Naomi se toma toda la mañana consiguiendo información respecto a algún Troy en la universidad donde trabaja Marissa Lyons, para su desgracia, no hay un único Troy en la universidad sino decenas. No puede adivinar de quién se trata. En este caso necesita un dato específico para trabajar, así que toma su teléfono y marca directamente a casa de Marissa Lyons, por un momento se pregunta si la llamada se va a conectar, y le da terror pensar que eso no ocurrirá, pero Marissa sí responde la llamada. No es que espera que sea honesta del todo, pero tiene fe que el elemento sorpresa funcionará a su favor.

—¿Tiene más información de mi hijo? —responde sin siquiera saludar.

—Seguimos trabajando, señora Lyons. Necesito hacerle unas cuantas preguntas.

—Podría ir a la comisaría. En mi casa me siento como encima de una bomba.

—No es necesario, podemos discutir todo desde el teléfono. Solo tengo una pregunta.

—Dígame.

—¿Quién es Troy?

Un silencio sepulcral se apodera de la línea casi como otro participante que tiene mucho que decir aunque irónicamente es exactamente lo que no hace, pero al mismo tiempo, revela todo de forma tácita.

—Señora Lyons, necesito una respuesta —explica, viendo al gran edificio de las oficinas de la Universidad St. Claire lista para hurgar en sus

archivos.

—¿Por qué quiere saber? ¿Quién se lo dijo?

—Es importante para la investigación.

—¿Quién se lo dijo?

—Marissa. Esto no funciona así. No estoy interesado en su vida personal sino en las verdades que puedan llevar a algún indicio importante. No soy un paparazzi.

De nuevo el silencio que finaliza luego de un profundo suspiro de parte de la madre odiada, la esposa infiel, la mujer de dos caras.

—Tuve una aventura con Troy. Es cierto, pero él dejó la universidad porque debía cuidar a su familia, a su madre quien tenía algo terminal, no sé qué. No me interesaba para ser honesta. Luego que murió se quedó a cargo de su hermana.

—¿Cual es el apellido del señor Troy?

—Él no tiene nada que ver en esto.

—Habiendo usted sido drogada el día de los hechos, no creo que sus afirmaciones sean realmente objetivas, señora, sin ofender. Además, si fue capaz de mentirle a su esposo por tanto tiempo, no creo que no nos haya mentido en todo este tiempo. Así que dígame el apellido antes que tenga que citarla frente a un tribunal para revelarlo a los cuatro vientos para que lo escuche su esposo, sus vecinos, sus enemigos, y para que lo vean las futuras generaciones en las transcripciones del registro local.

—Troy Daniels —responde reticente y vencida.

Capítulo 10

Cuando una tragedia como la de Marissa Lyons ocurre, el tiempo ralentiza para las víctimas, pero también para los victimarios. Como muchas veces se ha dicho, nadie es lo suficientemente fuerte para ser completamente bueno o completamente malo. Marissa Lyons despierta creyendo que se trata de otro día sin saber la verdad, sin tener a su hijo en sus brazos, en la ropa que ha comprado en diferentes tiendas exclusivas, sin utilizar la cuna que eligió con tantas dificultades, sin seguir adelante porque está estancada en una terrible encrucijada.

El teléfono de su casa suena. Debe tratarse de más cuestionamientos, más preguntas, más vergüenza. Es el cuarto día y no se aclara nada, sino que todo se torna más complicado, más retorcido. Toma el teléfono. Su

esposo no está en casa. Ella está en la cama, cansada, harta.

—¿Qué ocurre señorita Kessler? —responde automáticamente, espera que no sea ella, pero a diferencia de Noah, prefiere la decepción a la esperanza. No es ingenua.

—Encontramos a su hijo —responde Hewes emocionado.

—¿Qué? —pregunta Marissa sin creerlo, estupefacta, sorprendida, intrigada, se levantan de la cama y su bata de satín vuela como la alfombra de Aladino.

Al llegar a la estación de policía, Marissa se encuentra en la estación de policía con varias monjas. Se pregunta qué habrán hecho para estar acá, ya sea visitando a algún cura acusado de pedofilia, o posiblemente arrestadas; aunque eso no es su foco de atención hasta que llega a la oficina de Naomi Kessler donde una monja de avanzada edad sostiene a un bebé. La relación se hace entonces inmediata.

Unos lo llamarán instinto materno, llamado de la sangre, otros sentido común. Se acerca al bebé, la monja reconoce la mirada de desesperación y lo entrega con prontitud. Marissa toma a su hijo con frenesí, empieza a besarlo; no tanto por el pregonado amor de madre natural sino porque es como un trofeo que dice, se terminó todo, haz ganado como siempre lo haces. Ya no tienes que seguir corriendo. Llegaste a la línea de meta, con cicatrices pero viva. Puedes descansar.

—Mi hijo —expresa entre lágrimas y sollozos ante las personas dichas por su reencuentro, sin saber los oscuros secretos de esta mujer.

—Para confirmar, haremos una prueba de ADN —explica Naomi.

—Sé que es mi hijo —responde Marissa un tanto a la defensiva.

—Iré con usted al hospital a hacer la prueba —agrega, no para consolarla, sino para agregarle limón a la herida—. No se preocupe, pediremos al laboratorio que dé las pruebas a la brevedad —cree que es la paranoia actuando en Marissa aunque existe la posibilidad que sea algo más.

—Todo se acaba por fin —responde Marissa aliviada.

—Encontramos a su bebé pero la investigación va a continuar señora Lyons —explica Naomi, más como una advertencia, para medir su reacción.

—No me importa ya nada más. Tengo a mi bebé —toca la naricita de su bebé quien no ha hecho un solo ruido de incomodidad a su lado.

—Aún se debe imputar a alguien por los cargos de secuestro.

—Voy a irme de esta maldita ciudad tan pronto como sea posible —agrega Marissa.

—No le sugiero que haga eso mientras no termine la investigación —sugiere Naomi con un mensaje ambiguo.

Marissa va junto con la detective en la patrulla policial, para comprobar que es su hijo, pero entonces se le ocurre que no es a ella a quien el detective va protegiendo o vigilando sino al bebé, de ella misma.

—¿Aún sospechan de mí respecto a todo este drama? —pregunta de forma determinada, deja a un lado a la mujer temerosa llena de secretos.

—No. Sospechamos de las personas a su alrededor.

—Le dije a Troy que el bebé no era suyo. No necesito que se haga más escándalo. Mi bebé no merece esto —explica indignada.

—De cualquier forma, estoy segura que el bebé no entenderá lo que se descubra, pero yo si quiero entenderlo todo. Por eso llevaré esta investigación hasta las últimas consecuencias.

—No quiero que mi esposo sepa nada de esto —sugiere, casi a forma de suplica.

—Quiero la verdad, señora Lyons —la ve a los ojos con profundidad, para hacerla entender que no tiene nada que decirle para convencerla de cerrar la investigación—. Sus secretos no me importan, pero si esos secretos tienen algo que ver, no crea que dudaré en acusarla de conspiración si me doy cuenta que usted tuvo algo que ver.

—He sido una víctima en todo esto —agrega Marissa furiosa.

—Aún las víctimas no siempre son inocentes del todo —recalca Naomi con cierto placer.

Mientras Marissa llega al hospital para la prueba de ADN, Hewes llega a casa de Troy Daniels. Toca la puerta con lentitud, acerca su mano a su pistola nuevamente, por si acaso.

Troy Daniels es en este momento el sospechoso principal en el caso del robo del bebé Lyons-Bishop ya que es el sospechoso más reciente. Suena como algo tonto, pero como siempre, hay que estar listo para lo peor y también como se dice, si piensas mal, acertarás.

Hewes toca la puerta, y tras el marco no aparece un adolescente precoz como el que vio en casa de Timothy Hudson, sino un chico alto, con un perfil muscular. No es difícil entender porque Marissa Lyons tuvo una aventura con él.

—¿Es usted Troy Daniels? —pregunta el policía.

—Si ¿Qué necesita? —pregunta el chico con nerviosismo al ver el uniforme policial.

—Tengo que hacerle unas preguntas respecto a la desaparición del bebé de Marissa Lyons y Noah Bishop.

—Yo...

—¿Podría decirme qué hizo hace cuatro días, señor Daniels? —solicita con urgencia para aprovechar la distracción y quizá sacar una confesión.

—Yo... —inicia nervioso pero nunca dice mayor cosa.

—Estuvo conmigo —responde una chica tras él, con mucha vehemencia a diferencia de Troy.

—¿Quién es usted?

—Mi nombre es Annabelle Daniels. Puede llamarme Anna, pero no creo que sea necesario que haya mayor intercambio. Ya se le explicó lo que ocurrió ese día. Estuvo conmigo. Si no tiene más preguntas. Gracias por venir. Adiós —la chica lanza la puerta sin ningún temor. Ese es el problema con las nuevas generaciones, piensa Hewes, ya ni siquiera respetan a la policía.

Hewes toca la puerta, alterado por la conducta de la chica. La puerta se abre, pero solamente Anna aparece, siempre con la misma conducta altanera y soberbia del intercambio anterior. ¿Habrá determinación o miedo a la exposición de su hermano en su forma de actuar?

—¿Ocurre algo, oficial? —cuestiona, como si no lo hubiese visto hace menos de cinco segundos.

—Tenemos preguntas que hacerle a su hermano, señorita. La puedo acusar por obstrucción de la justicia —amenaza alterado, quizá no lo admitiría por cuestiones sociales pero es por el hecho que una mujer

quiera pasarse de lista con él.

—¿Tiene huellas digitales en contra de mi hermano? ¿Testigos que lo vieron cerca de la casa de esa señora? —dice la palabra esa con mucho desprecio y señora con ironía—. No lo creo. Traiga un citatorio y hablaremos.

Hewes se queda nuevamente anonadado con la puerta frente a sí, luego del ahogado estruendo de la madera. No tiene más que decir, pero si tiene demasiado que pensar porque está más que seguro que el nombre de Troy Daniels debe ir a la lista de sospechosos sin ninguna duda.

Naomi regresa con Marissa y su bebé al vecindario nefasto donde todos los terribles eventos tuvieron lugar. Marissa está incómoda, tanto por saber que en este lugar no puede asegurar que estará a salvo, como por el hecho que la detective la encuentre como una posible sospechosa en el robo de su propio hijo, así mismo hay una cierta conducta extraña de su esposo que supone es consecuencia de todas esas investigaciones, sin saber el pathos que se desarrolla dentro de sí, con preguntas mucho más simples que las suyas, pero con implicaciones directas en su destino.

Los vecinos la esperan, al igual que los medios de comunicación, inclusive unas cuantas monjas del convento donde el bebé fue abandonado aparecen. Todos observan a la madre con alegría, inclusive los vecinos, Timothy Hudson y Julia Banks, que están en primera fila para despejar dudas o para aparentar emociones que no se sabe si realmente sienten, aunque eso solo Naomi lo sabe.

Todos aplauden mientras Marissa entra a la casa que antes estaba cerrada para investigaciones y ahora está abierta para recibir a todo mundo, inclusive a posibles sospechosos.

—¿Dónde está la señora Hart? —pregunta Marissa— Quisiera agradecerle por haber intentado ayudarme.

—No tengo idea —Naomi intenta fingir que no sospecha de dicha necesidad de agradecimiento.

—Marissa...

Frente a ellos se encuentra Julia Banks quien lleva una bonita caja decorada con papel alusivo a decoración para regalos de bebes. Marissa ahoga un grito y Julia está en evidente estado de incomodidad por la muestra.

—Lamento todo lo que te ocurrió.

Noah aparece justo a tiempo para apretar a Marissa con fuerza en el brazo para evitar cualquier bochorno, cualquier ataque contra Julia. Todo por la paz del vecindario, por las apariencias. Algo de lo que siempre se han preocupado todos, demasiado.

—Gracias, Julia —responde Marissa sin tanta emoción como su esposo esperaría, aún resentida porque Julia no la ayudó a tiempo y de haber sido así, nada de esto hubiera ocurrido.

—Señora Lyons. Debo irme. Habrá una patrulla cuidando de su casa los siguientes días. Le informaré de cualquier avance —explica Naomi.

—Señorita Kessler. Gracias por todo —Marissa abraza a la investigadora con fuerza.

Naomi sale de casa un tanto confundido por la muestra de Marissa, la cual considera obstruye con los pensamientos que aún rondan su mente.

Justo al salir aparece el detective Hewes en su camioneta. Naomi ni siquiera había venido en la suya así que le pide un aventón para regresar a la comisaría y seguir analizando con detalle lo que ocurre, sobre todo con una nueva idea que se desarrolla en su cabeza.

—Creo que debes anotar a Troy Daniels a la lista de sospechosos. Está renuente a hablar con la policía —revela Hewes.

—Eso no lo hace culpable, tal vez un poco cobarde —responde Naomi aun con la idea en la cabeza, rondando como una fiera lista para lanzarse sobre su presa, escondiéndose en los arbustos, no porque le guste el show sino por la inseguridad que el movimiento ahuyente a la presa.

—Pero lo hace un sospechoso después de todo —responde Hewes, aún conduciendo.

—Hay demasiados sospechosos en este caso, y hay vínculos demasiado extraños entre todas esas personas. Vínculos que dan mucho que pensar. Marissa Lyons es mejor amiga de la ex esposa de su actual esposo, y no sabe que ellos tienen una aventura.

—Tampoco el esposo sabe de la aventura de Marissa con Troy —responde Hewes casi justificando a Noah.

—Luego, Noah tiene una extraña amistad con Marcus Banks y Julia Banks sabiendo que Julia aborrece a su esposa y viceversa.

—No quiere meterse en pleitos de mujeres —a esto Naomi lanza una mirada de cierta indignación.

—Judie Hart deja de trabajar para Marissa para convertirse en la sirvienta de Julia Banks.

—Su amante no tiene ninguna coartada por lo que parece. Todo es demasiado raro.

—Nada encaja y al mismo tiempo sí. Creo que hemos ido por la perspectiva equivocada —la fiera se lanza entonces sobre la presa sin ninguna compasión—. Me he enfocado en los enemigos de Marissa Lyons, y no debería ser esa mi perspectiva.

—¿En quienes pretenden ser sus amigos? —adivina.

—No. En quienes conocen su casa.

Capítulo 11

—¿Quiénes conocen su casa? —pregunta Naomi a Hewes en el camino a la comisaría. cada vez tan cerca.

—No creo que Julia Banks haya tenido mucha oportunidad de conocer la casa siendo enemiga de Marissa aunque no sabemos si antes pudieron haber sido amigas; sin embargo, creería que no.

—¿En quienes piensas?

—Alicia Lynn. Ella finge ser amiga de Marissa. Estoy seguro, y sabiendo que tiene una aventura con Noah es probable que no quisiera al bebé para que no estorbara en sus planes. También está Noah Bishop quien no llegó a casa ese día. Ellos dos podrían haber rondado la casa sabiendo cómo moverse sin dejar huellas, y conocen cómo funciona la casa de pies a cabeza al estar ahí tanto tiempo.

—No solamente ellos —explica Naomi con una seguridad que la hace sonreír, la verdad se hace más clara, casi puede tocarla, casi viaja al pasado a la casa de los Lyons-Bishop el día del incidente.

—No, Marissa estaba muy débil para hacer esto sola a menos que fuera con complicidad con alguien —responde adelantándose.

—No, me refería también a Timothy Hudson. Sus huellas se encontraron por todos lados, y lo vigilamos todos estos días y no tenía ningún bebé a

la vista ni se acercó al convento donde se dejó al bebé.

—No tiene mayor motivo para hacerle algo así a Marissa. Además quien hizo esto es un profesional. No solo por conocer bien la casa de Marissa sino también para sacar a su bebé sin problema. Alguien supo limpiar muy bien el lugar, y supo cómo esconder un bebé y salir de la casa sin ser detectado. ¿Quién conoce la casa de Marissa, sabe limpiar y tenía algo contra ella?

—La señora Hart —responde Hewes entendiéndolo todo.

—Todo el tiempo la descartamos por haber estado inconsciente, pero no nos podemos fiar de la palabra suya ni tampoco de la de Marissa porque ambas estaban drogadas aunque al parecer Marissa fue drogada mucho antes.

—Visitemos a la señora Hart entonces para algunas explicaciones —sugiere Hewes.

Al llegar a la dirección que Judie Hart les proporcionó en la comisaría, se dan cuenta que la mujer ha abandonado el lugar desde hace dos días. Naomi está segura que su teoría es cierta, aunque se da cuenta que es un poco tarde. La señora Hart fue la mente maestra detrás de todo esto, pero aún hay un cómplice. Solicita a sus compañeros que investiguen todas las llamadas salientes de los teléfonos pertenecientes a Judie Hart.

—No fue Julia quien drogó a la señora Hart —explica Naomi—. Fue ella misma quien se drogó para poder encubrirse.

Naomi saca su teléfono celular con prontitud, marca el número de la casa de los Banks para confirmar su teoría, solamente necesita una respuesta.

—Señora Banks. Soy la detective Naomi Kessler a cargo del caso del bebé de Marissa Lyons.

—Dígame que necesita —responde un tanto altanera al aún formar parte de esta investigación que creía cerrada.

—Tengo unas preguntas respecto a lo que ocurrió el día que el bebé de Marissa Lyons fue abducido.

—Ya le dijimos todo en detalle —reclama, como si se le acusara de ocultar algún detalle importante.

—Solo tengo una pregunta.

—Dígame —responde un tanto impaciente.

—¿Quién le preparó el té a la señora Lyons?

—Yo no tenía cabeza para nada. Fue la señora Hart la que me recomendó darle ese té para calmarse. Me dijo que me tomará uno yo también pero estaba muy alterada y la taza se cayó al suelo.

—Gracias.

—¿Es esto relevante?

—Sí y si Judie Hart se acerca a su casa, tenga mucho cuidado —advierte.

—Gracias por la advertencia —responde, entendiendo el mensaje y no tan sorprendida ya que ha usado la lógica para relacionar las preguntas de Naomi.

—¿Señora Banks?

—¿Sí?

—Una última pregunta —agrega, no porque la considere crucial, sino simplemente para armar el rompecabezas hasta sus orillas, sin dejar un espacio en blanco.

—¿Fue usted quien llamó anónimamente a Alicia Lynn para advertirle de Marissa?

—Sí fui yo —explica con un tono un tanto culpable, aunque debería ser lo contrario—. Yo había pasado una tragedia similar a la que creí que Marissa sufriría y no podía permitir que fuera por mi culpa. Tendría tres vidas en mi consciencia.

—Gracias. Estoy seguro que sin usted las cosas habrían salido mucho peores.

A la mañana del día siguiente, Naomi consigue los récords de las llamadas de Judie Hart. Revisan todos los números en el sistema para comprobar de quienes se trata, pero solamente hay una llamada recurrente que llama la atención de Naomi y Hewes quien toma su teléfono para llamar.

—¿Disculpe, podría hablar con el señor Jonathan Campbell? —pregunta el

detective al escuchar una voz masculina.

—Perdón, se ha equivocado de número —responde la voz tímida.

—¿A qué residencia llamo?

—Es la casa de la familia Daniels.

En menos de una hora, una orden de captura está lista. Las patrullas se preparan, y llegan a la casa de los Daniels donde se detienen precipitadamente. Naomi y Hewes tocan la puerta, ahora ambos con la pistola en las manos. El mismo chico atlético abre la puerta, aterrorizado al ver a los policías entrar a su casa y lanzarlo al suelo.

—¿Qué ocurre? —pregunta desesperado como un cerdo a punto de ser masacrado.

—Señor Daniels. Se le acusa del crimen de conspiración por secuestro, secuestro e intento de homicidio posiblemente involuntario. Todo lo que diga será usado en su contra.

Troy se queda en un profundo silencio mientras su hermana lo observa con una horrible impotencia, con la consciencia que han atrapado a un inocente.

Los medios no se hacen esperar en este escándalo, y rápidamente se establecen los rumores que Troy es el amante resignado de Marissa Lyons, quien al ser rechazado y su bebé negado, decide robarlo para que ella no se salga con la suya. Velozmente se crean dos bandos, aquellos que creen que Marissa está siendo juzgada por el intento de satisfacción de sus deseos, y también el bando de Troy, quienes consideran que también los padres tienen todo el derecho de permanecer con sus hijos, aún si son producto de algo tan sórdido como una aventura.

Noah Bishop no está en ningún bando pues tan pronto como se enteró del arresto de Troy, sabía que una explicación debía venir de parte de su esposa, y la verdad salió a la luz, como es siempre de esperarse. No es demás decir que tuvo que cubrir muy bien sus expresiones para no demostrar el alivio al saber que su esposa lo había engañado, y que por lo tanto, él estaba técnicamente perdonado por su traición ya que al final, ambos se habían apuñalado por la espalda.

—Se fue de la casa —explica Marissa con voz melancólica a Naomi quien llega a casa para darle avances del juicio—. Mi esposo me dejó luego de

recuperar a nuestro bebé.

—Las cosas ocurren por algo, señora Lyons. Todo tiene un propósito —se siente tentada a decirle que su esposo la había engañado también, pero se abstiene.

—Eso no deja de hacer las cosas menos dolorosas. Espero le saquen toda la verdad a Troy, ya que mi vida es ahora un chisme de toda la gente.

Eso es lo que intenta hacer Naomi Kessler, pero Troy está demasiado nervioso, demasiado confundido para entender qué está ocurriendo. Explica que no estuvo en casa, pero no dice dónde estuvo. Se nota realmente acorralado y lo demuestra al punto de llorar cuando se le pregunta si él secuestró al hijo de Marissa.

—Yo no hice nada —responde entre sollozos, lo cual es bastante embarazoso para un chico con su complexión.

—¿Cómo es que usted conoce a Judie Hart? —pregunta.

—No la conozco. No sé quién es.

O Troy es un buen mentiroso, o Naomi es un poco débil y le cree, pero, ¿de qué otra forma estaría la señora Hart relacionada con Troy? Si bien es cierto que había descubierto la aventura entre Marissa y Troy, eso aún no explica cómo podrían aliarse. Hewes entra al interrogatorio para aclarar un punto con Naomi y lleva un documento consigo para probar su punto.

—No entiendo que ocurre, y la verdad el fiscal no estará feliz que le presentemos un caso de conspiración solamente con llamadas telefónicas —explica Naomi un tanto decepcionada.

—Ey, el año pasado se resolvió el caso con una nota que se encontró en la escena del crimen. No hay nada de qué sorprenderse en este mundo —agrega Hewes con positivismo sabiendo que las pruebas no son tan circunstanciales como Naomi cree.

—No entiendo como pueden la señora Hart y Troy Daniels estar relacionados.

—No hay ninguna relación —admite Hewes.

—¿A qué te refieres? —pregunta Naomi sorprendida, sabe que esta vez el retraso de la verdad, es a su favor para prepararse para este momento de gozo.

—Revisamos los registros de las llamadas telefónicas de la señora Hart. No solo llamó a la residencia de los Daniels sino al teléfono del hospital

donde trabaja alguien que conocemos.

—¿Alicia Lynn? —pregunta Naomi impresionada.

—No. Annabelle Daniels, la hermana de Troy. Es una enfermera en el mismo hospital.

Al llegar a la residencia Daniels para interrogar a la susodicha, tal como era de esperarse, no se encuentra.

Capítulo 12

Al día siguiente, para fortuna de la detective Kessler, las autoridades logran arrestar a Judie Hart, con quien si pueden formular un caso de manera mucho más fuerte. Tienen las llamadas a la residencia Daniels, un motivo. Y lo más importante: pruebas contra ella. La mujer de cincuenta años, según su documento de identidad, se sienta frente a ellos con actitud altiva. No es nada comparada con la mujer que habían visto en el hospital, la mujer inutilizada por el golpe que recibió sino que se le ve inflada por el ego de que se salió con la suya. Casi.

—Señora Hart. Me alegra que nos veamos nuevamente —empieza Hewes haciendo burla de la mujer en esposas.

—Ojalá pudiera decir lo mismo.

—Bueno, creo que llego la hora de confesar la verdad.

—La verdad ya se sabe. Marissa Lyons es una mujer de moral ligera, digna de desprecio y desgracias. Solo porque una mujer tiene y, o pierde a un bebé no la hacen ninguna santa.

—¿Usted ayudó a Annabelle Daniels a robar al bebé? —pregunta Naomi para evitar la perorata.

—Le dije a esa niña tonta que fuera más cuidadosa, pero no me hizo caso. Ella fue quien lo hizo. Y también lo deshizo todo —admite finalmente.

—No se preocupe. Para lo que usted hizo también hay un crimen llamado conspiración si lo que dice es cierto —completa Naomi.

—En este punto de las cosas, ya no me importa. Marissa tiene a su bebé. Yo sólo soy la pobre anciana acusada porque la policía no logró encontrar a nadie más a quien culpar.

—Usted drogó a Marissa Lyons —explica Hewes determinado a sacar toda la verdad—. Eso no la hace del todo inocente. Tenemos a la señora Banks que va a testificar en su contra.

—Yo que ayudé a esa pobre mujer colapsada, miren como me paga. Y eso que tampoco pagaba muy bien para ser honesta —expresa de forma insatisfecha.

—Vamos al grano. No hay forma de escapar esto, señora Hart. Díganos la verdad y la ayudaremos —recomienda Naomi un poco impaciente.

—¿Qué puedo decir? Annabelle quería venganza para su familia. Yo solamente le di la información que necesitaba. ¿Cuántos asesinatos se han cometido porque la gente encuentra fórmulas para veneno en internet, y nadie los acusa de conspiración? —se justifica.

—¿Cómo conoció usted a Annabelle? —pregunta Hewes ansioso por saber la verdad.

—Tendría que comenzar el día que vi a Marissa Lyons con Troy Daniels. Ese fue el día que todo comenzó —la mujer regresa al pasado, no uno placentero, pero tampoco uno que la insatisface. Simplemente es un pasado del que se aprovechó—. El señor Bishop me pidió que fuera a dejarle las llaves a la señora a la universidad ya que él tendría una reunión importante hasta la noche, o sea, seguir viéndose a escondidas con Alicia Lynn.

Creo que eso ustedes ya lo sabían. Honestamente lo que haga el señor Bishop nunca me importó porque me trataba bien. Era malo con su esposa, y a sus espaldas, pero era bueno conmigo, y al final eso es lo que importaba. Pero Marissa, por Dios, era mala conmigo y con todas las personas a su alrededor.

Así que cuando la descubrí fornicando con su alumno en su oficina, usando la misma llave que el señor Bishop me había dado, Marissa no escatimó recursos para destruirme. Me echó de su casa acusándome de ser una vieja decrepita con todo el mundo. Envenenó a todos en mi contra al ser la presidenta del comité comunitario, y sabía que solamente una persona me recibiría: su peor enemiga. Así que empecé a trabajar con la señora Banks, pero luego me enteré que Marissa estaba embarazada, y no iba a desaprovechar esa oportunidad para vengarme.

Pensaba decirle todo al señor Bishop. Pero antes, quería advertirle, quería divertirme con ella así que fui a la universidad y encontré a Annabelle peleando con su hermano por su atención, pero Troy eligió a Marissa. Dios sabe porqué —expresa a modo de burla—, y Marissa evidentemente lo rechazó. Annabelle sintió una traición doble. Pude notarlo. Una de parte de su hermano, pero fue mucho más doloroso saber que él la había

ignorado en vano.

Luego, desde la casa de los Banks la vi espiar a Marissa en las noches. Esa chica quería destruir a Marissa. Un día decidí acercarme. La chica estaba aterrada, pero noté la determinación en sus ojos. ¿La conoces? Le pregunté. Me dijo que deseaba nunca haberlo hecho. Y le conté lo que me ocurrió. Le mentí. Le dije que sabía que el hijo que ella esperaba era de su hermano ya que su esposo era infértil aunque él no lo sabía. Una historia muy estúpida y de novela barata del mediodía. Pero por su deseo de vengarse se lo creyó. Pobre tonta.

Eventualmente formulamos el plan. Ella robaría al bebé para dárselo a su hermano. Pero los últimos días dudaba mucho, así que le dije que se quedara con el bebé para ella si quería o darlo a un orfanato ya que eso sería mejor que dejarlo a merced de una mujer egoísta como Marissa.

—¿Cómo ocurrieron las cosas ese día? —pregunta Naomi deseosa de confirmar o refutar todas sus teorías.

—Le expliqué a Annabelle la estructura de la casa. Ella me dijo todo su plan, y todo parecía perfecto. Estuvo escondida todo el día en el jardín de los Lyons-Bishop. Annabelle me iba a llamar por cualquier cosa. Iba a drogar a Marissa en su casa, con algo que ayudaría a acelerar el proceso del parto, que la incitaría a tener contracciones.

Desconectó el teléfono, y me dijo luego que había agregado la droga a un café que Marissa estaba preparando. Marissa estaba distraída y cuando Annabelle me avisó que necesitaba la distracción, salí rápidamente y lancé una piedra a la ventana de Marissa.

Volví a la casa de Julia y pensé que todo estaba bien, pero de repente el timbre empezó a sonar. Pensé lo peor, que Annabelle se había retractado y venía a buscar mi ayuda, pero oí los alaridos de Marissa. Vaya que esa mujer es fuerte, no se le puede negar.

Yo tenía unas pastillas relajantes de la señora Banks, y empecé a preparar un té al cual le deshice unas pastillas. Julia Banks es un mar de nervios, y sabía que no tomaría una decisión tan fácilmente. Vino a mi pidiendo auxilio. Le di el té para Marissa, y le ofrecí uno a ella, para proceder con todo en su casa de ser necesario, pero la muy tonta lo dejó caer al suelo. Marissa si se lo tomó.

Julia regresó para decir que llamaría a los paramédicos, pero dudó mucho, y al final, decidió no hacerlo sobre todo al ver a Marissa perder la consciencia. La llevamos a su casa, ya que Julia estaba preocupada que Marissa muriera en su casa.

Llevamos a Marissa al segundo piso. Fue difícil de convencer a la señora Banks, pero al final le dije que posiblemente el bebé vendría pronto y que yo me encargaría. Ella fingía bien estar preocupada, pero sabía que la quería tan muerta como yo o Annabelle. Le pedí a Julia que volviera a su casa porque sabía que no regresaría, sobre todo al ver a su esposo regresar del trabajo. Julia es muy débil.

Como sea, con Annabelle no teníamos mucho tiempo para actuar. Tomé el candelero por si Noah Bishop llegaba, y con Annabelle nos dispusimos a hacer a Marissa tener a su bebé lo más pronto posible. No fuimos muy ortodoxas, debo admitirlo, pero lo logramos. Finalmente, teníamos al bebé en brazos, y para nuestra fortuna, era muy callado.

Todo iba muy bien hasta que vi a Alicia Lynn llegando a casa cuando estábamos acomodando a Marissa en el sillón de la sala principal. Dejamos a Marissa en la sala y corrimos de nuevo a la habitación de Marissa. Me tomé una pastilla de la señora Banks, y Annabelle limpio el candelero. Me dijo que me golpearía con él, para hacer creer que alguien se había robado al bebé. No tuve más opción que aceptar aunque tuve cierto miedo de las consecuencias, pero ella explicó que conocía lugares donde podía golpearme sin comprometer mi salud ya que es enfermera. Me golpeó cerca del cuello, y luego de eso, bueno, ustedes saben mejor que ocurrió.

—¿Por qué devolvió Annabelle al bebé?

—No lo sé. ¿Parezco una adivina?

—No aunque tampoco parecía una criminal —responde Hewes.

Marissa no podía creer cuando se le informó la terrible verdad de como una enemiga evidente y una enemiga oculta se habían aliado contra ella para hacer semejante atrocidad, buscando retribución.

Annabelle Daniels fue encontrada días después, y tal como la señora Hart fue procesada. Ambas por conspiración. Los cargos de complicidad fueron difíciles de asignar ya que una parecía ser la cómplice de la otra dependiendo del punto de vista, así que al final a las dos se les asignó el delito de secuestro a infante y posible intento de homicidio. Annabelle recibió 10 años de prisión, la señora Hart cinco por motivos de salud. Ambas sentencias se pueden reducir por buena conducta.

Luego de lidiar con el rechazo de la gente, las habladurías, la lástima; Marissa finalmente encontraba un poco de paz. Naomi recibió una llamada

de ella, informando que abandonaría el país e intentaría una nueva y buena vida. Todo eso, claro, lejos de esta ciudad, donde los fantasmas del pasado no la dejarían de acosar.

Naomi decidió como homenaje hacerle una visita por última vez a la mujer que inicialmente vio como víctima, después como sospechosa, y luego como una recipiente de las consecuencias de sus acciones que se habían salido de control, pero a pesar de todo, una mujer fuerte.

Marissa espera su taxi fuera de su casa, con las maletas en su mano. Piensa resolver los asuntos del divorcio luego, y no quiere ver esta casa, sabe que no es un refugio seguro, sino al contrario es casi una cámara de tortura donde se aprovecharon de su momento más vulnerable. Y ya no quiere ser indefensa, no otra vez, pero tampoco quiere ser despiadada, y este no es el lugar para intentar hacer renovarse. Hay demasiado trasfondo.

—Señorita Kessler. No pensé que vendría —admite Marissa.

—Tenía que despedirme de uno de mis casos más complicados que terminó en un final feliz.

—Lo del final feliz no lo diría, al menos no por completo.

—Recuperamos a su bebé —responde Naomi un poco exaltada.

—¿Qué le puedo decir, detective? Perdí a mi hijo, a mi esposo, a una mujer que creí que era mi amiga, mi reputación, a un posible amante, y ahora voy a perder mi casa —explica, vuelve a ver al lugar que solía llamar hogar con cierta nostalgia, pero luego sonrío con aire esperanzador.

—Lo lamento —responde Naomi no sabiendo qué otra cosa decir.

—No se preocupe. Tenía fe que todo iba a salir bien, pero no siempre obtenemos lo que queremos, y la fe no es suficiente cuando las cosas no están destinadas a pasar —responde con cierta resignación pero también con determinación de seguir adelante—. Ya sabe lo que dicen, uno siempre pierde lo que no necesita, y se recupera lo que siempre se ha necesitado —completa, meciendo con cuidado a su bebé, su inspiración.

Marissa sube a su automóvil, y se va de lugar, desapareciendo en la estrecha calle de su vecindario. No tiene porque volver a ver atrás. Sabe que no hay nada placentero ahí, solamente una oficial de policía que se despide con la mano, pero Marissa no se despedía de él sino de su pasado, y observa a su hijo con fijeza, sabiendo que es el futuro.

